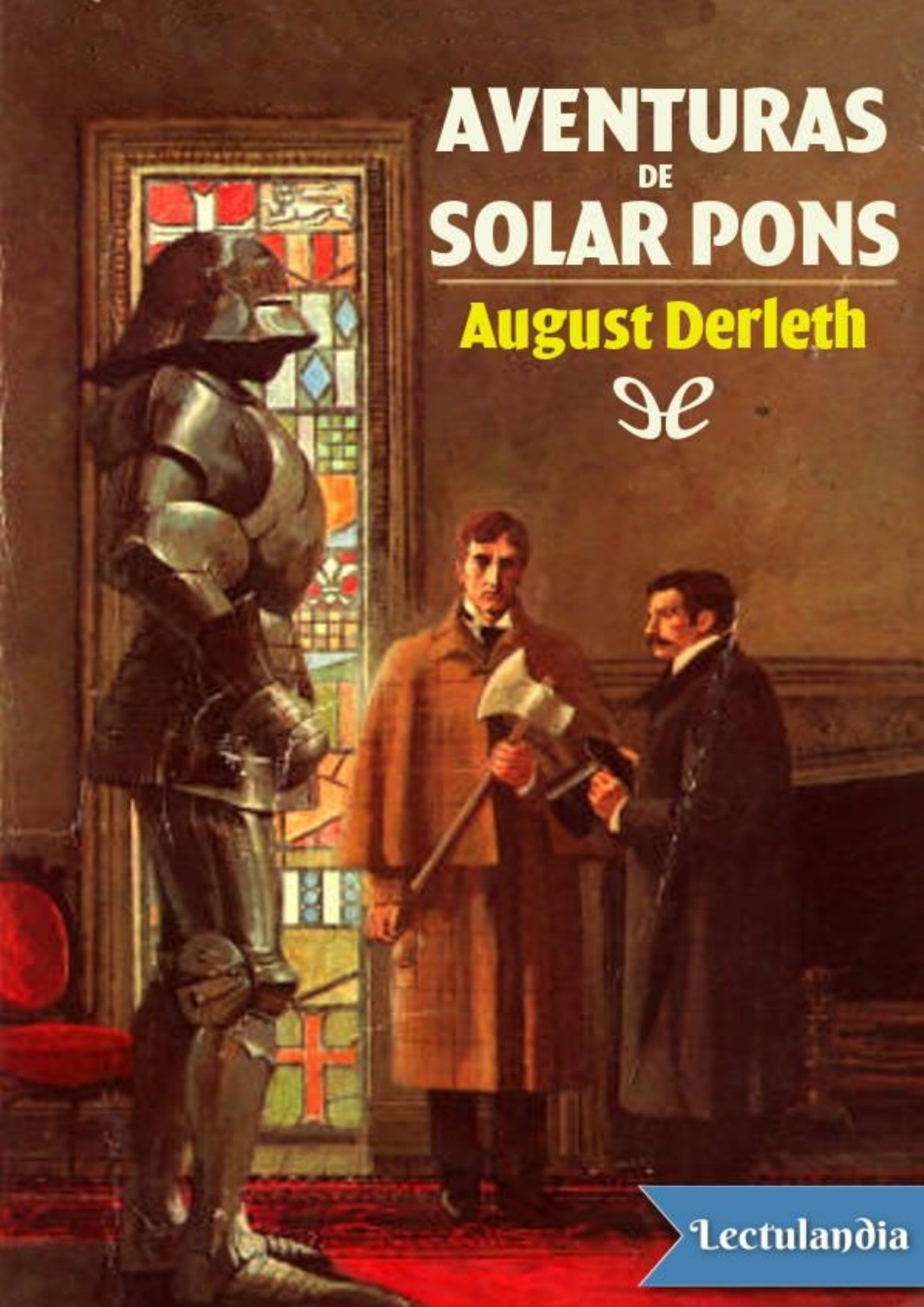


AVENTURAS DE SOLAR PONS

August Derleth

se



Lectulandia

De entre todas las imitaciones de Sherlock Holmes, Solar Pons está tan bien dibujada que ha inspirado por sí misma pastiches y grupos de estudio. La creación de August Derleth, también conocido por sus escritos y publicaciones de terror y de ciencia ficción, no pretendía ser una copia de Holmes, sino un discípulo del Master Detective. Las aventuras de Pons (con su compañero el Dr. Lyndon Parker) eran misterios meticulosamente trazados, ambientados en las décadas de 1910 y 1920. Derleth escribió la primera historia en 1928, con el permiso expreso de sir Arthur Conan Doyle, y la septuagésima, en 1971. «Solar Pons no es una caricatura de Sherlock Holmes», escribió Vincent Starrett, en su prólogo para la primera colección de Pons. «Más bien es un imitador ingenioso, con un brillo en su mirada que nos cuenta que sabe que no es Holmes, que nosotros lo sabemos, pero que espera gustarnos de todas formas por lo que simboliza». Efectivamente, Pons gustó tanto que en 1967 Luther Norris creó los Praed Street Irregulars, a imagen de los Irregulares de Baker Street, la sociedad literaria de Sherlock Holmes, y, tras la muerte de Derleth, el escritor Basil Copper escribió un número de volúmenes adicionales de relatos cortos y una novela sobre las aventuras posteriores de Pons.

El volumen incluye los siguientes relatos: «La aventura de la sanguijuela roja», «Aventuras de los arqueros de Sussex», «La casita de porcelana» y «La caja de taracea».

Lectulandia

August Derleth

Aventuras de Solar Pons

ePub r1.0

Titivillus 01.08.17

Título original: *The Adventure of the Red Leech* (1966), *The Adventure of the Sussex Archers* (1962),
The China Cottage (1965), *The Adventure of the Intarsia Box* (1964)
August Derleth, 1962-1966

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AVENTURAS DE SOLAR PONS

AUGUST DERLETH



De entre todas las imitaciones de Sherlock Holmes, Solar Pons está tan bien dibujada que ha inspirado por sí misma pastiches y grupos de estudio. La creación de August Derleth, también conocido por sus escritos y publicaciones de terror y de ciencia ficción, no era una copia de Holmes, sino que pretendía ser un estudiante del Master Detective, ambientado en las décadas de 1910 y 1920. Las aventuras de Pons (con su compañero el Dr. Lyndon Parker) eran misterios meticulosamente trazados. Derleth escribió la primera historia en 1928, con el permiso expreso de sir Arthur Conan Doyle; la septuagésima, en 1971. «Solar Pons no es una caricatura de Sherlock Holmes», escribió Vincent Starrett, en su prólogo para la primera colección de Pons. «Más bien es un imitador ingenioso, con un brillo en su mirada que nos cuenta que sabe que no es Holmes, que nosotros lo sabemos, pero que espera gustarnos de todas formas por lo que simboliza». Efectivamente, Pons gustó tanto que en 1967 Luther Norris creó los Praed Street Irregulars, a imagen de los Irregulares de Baker Street, la sociedad literaria de Sherlock Holmes, y, tras la muerte de Derleth, el escritor Basil Copper escribió un número de volúmenes adicionales de relatos cortos y una novela sobre las aventuras posteriores de Pons.

La aventura de la sanguijuela roja

(The Adventure of the Red Leech, 1966)

Cuando reviso mis notas sobre los enigmas que investigó mi amigo Solar Pons en el curso del verano y el otoño de 1931 me asombra su variedad, pues abarcan desde el curioso asunto de Ashness Bridge a la extraña aventura de Symond's Yat, del asesinato sanguinario al robo ingenioso. Pero puede que el misterio que rodeó la muerte de David Cosby ocupara un lugar preeminente respecto de todos los demás.

Tuvimos la primera noticia del caso un día de agosto a mediodía. Aquella mañana habíamos estado paseando por Edgware Road, y Pons se había dedicado a entretenerme —e instruirme— poniendo en práctica su extraordinaria capacidad de observación y deducción. Cuando regresamos al número siete, nos salió al paso la casera, algo agitada.

—Oh, señor Pons, una dama le está esperando —dijo en tono de disculpa—. La he hecho pasar a sus aposentos. Tal vez no debiera haberlo hecho, pero parecía tan inquieta, y me rogó con tanta insistencia poder hablar con usted...

Los ojos de Pons se iluminaron.

—Pues veamos qué es lo que la inquieta, señora Johnson —replicó.

Nuestra danta estaba sentada, evidentemente en el mismo sitio donde la había acomodado la señora Johnson, con sus manos enguantadas dobladas en un retículo sobre su regazo. Al entrar nosotros se puso en pie de un salto, y sus ojos se movieron de una cara a la otra, hasta que se quedaron fijos acertadamente sobre mi acompañante.

—Perdóneme, señor Pons. ¡Tenía que venir!

—Le ruego que se siente, señorita...

—Cosby, señor Pons. Agatha Cosby.

—Ha tenido que hacer un largo viaje desde el campo para contarme algo que la intranquiliza —señaló Pons con sosiego.

Ella asintió levemente, con expresión de satisfacción, y volvió a sentarse. Era una mujer pequeña, enérgica, que rondaba la cincuentena, aunque no había el menor indicio de canas en su cabello rubio claro. No llevaba anillos, detalle que sin duda había conducido a Pons a concluir que era soltera, y en sus elegantes zapatillas negras, un calzado más fuerte que delicado, se observaban rastros de tierra, que indicaban que había estado viajando en un carruaje abierto y que no tenía ni residencia ni hotel donde esperar a que Pons volviera a casa. Vestía con modestia, casi a la moda victoriana, completamente de negro, de los zapatos al sombrero.

—Ha sufrido una pérdida recientemente, señorita Cosby, ¿no es así?

—Mi hermano.

—¿Fue una muerte repentina?

—Sí. Y es sobre su muerte, y los sucesos que la precedieron, de lo que quería

hablarle. Todo parece indicar que me he visto involucrada en los hechos. —Al decirlo, sacó de su retículo una cajita de cartón y se la alcanzó a Pons.

Pons la abrió. Al ver su contenido, se le escapó un leve grito de sorpresa. Me acerqué. Lo que había dentro, burdamente clavado al fondo de la caja, era un gusano repulsivo, una sanguijuela roja.

Pons me lanzó una rápida e inquieta mirada.

—¿Había visto alguna vez algo parecido, Parker?

—Nunca.

Pons volvió a mirar a nuestra denta, con los ojos entrecerrados.

—Según veo, se lo han enviado por correo desde Rye.

—Ahí es donde vivo, en las afueras del pueblo. Donde vivíamos, debería decir, porque soy el último miembro de la familia. He recibido la cajita por correo esta mañana temprano y, en vista de lo que le sucedió a mi hermano, pensé que lo mejor sería buscar ayuda. Conozco algunos de sus casos, señor Pons, y espero que pueda ayudarme. Estoy asustada. Mire, mi hermano murió después de haber recibido uno de esos gusanos.

—¿También por correo?

—Sí, señor Pons.

—¿Desde Rye?

—En realidad, no. Se lo enviaron desde París.

—Ah —dijo Pons—. Le ruego que nos lo cuente.

Encendió su pipa y se apoyó sobre la repisa de la chimenea, a la espera.

La señorita Cosby se mordió los labios y arrugó la frente.

—No sé muy bien por dónde empezar, señor Pons —dijo disculpándose—, pero supongo que debería hacerlo con la llegada del primer paquete. David recibió la cajita hace diez días. Sentí curiosidad, así que entré en la biblioteca cuando la abrió. Ni por asomo hubiera podido imaginar el efecto que el gusano causó en mi hermano. Emitió un grito ronco, se le cayó la caja y se desplomó sobre la silla, quedándose sin habla.

»Por supuesto, al principio no entendí nada. Sólo sabía que mi hermano se había puesto muy enfermo, así que telefoneé al doctor Lansdown. Dijo que había tenido un ataque de apoplejía, un “accidente cerebral”, lo denominó. Por eso en aquel primer momento no relacioné el estado de mi hermano con la caja y el gusano; así que los destruí. Sólo cuando recibí yo el mismo paquete empecé a sospechar que había algún vínculo entre él y el ataque. Mi hermano estuvo en cama, semi inconsciente, durante tres días, y murió al anochecer del tercero. Poco antes de fallecer, habló.

—¡Ah! ¿Y qué dijo?

—Me temo que su cerebro había quedado dañado, señor Pons. Parecía desesperado por contarme algo, pero todo lo que pudo decir fueron incoherencias sobre nuestras viejas perreras (en el pasado criábamos perros), y susurró algo sobre *Scottie*, nuestro perro. Pero habíamos abandonado la crianza hacía mucho tiempo, y *Scottie* murió hace cuatro años.

—¿Nada más?

—Nada, señor Pons. Eso fue todo lo que dijo al respecto. Era para volverse loco. Sus ojos miraban con tal desesperación hacia la pared que daba a los jardines donde habían estado las perreras que parecía como si estuviera esforzándose por traerlas de vuelta del pasado. Escuché en vano para ver si decía algo con sentido. Pero no lo hizo.

Se quedó en silencio. Durante unos momentos, también Pons se sumió en un silencio reconcentrado, mientras chupaba pensativamente la pipa, inconsciente de que nuestra denta se llevaba su delicado pañuelo a la nariz para protegerse del tufo de la abominable picadura que fumaba.

—Imagino que su hermano estaba jubilado.

—Sí, señor Pons. Se dedicaba a la importación y tenía una oficina en Hanoi, en Indochina. Volvió a casa hace siete años. Entonces tenía cincuenta y tres y era moderadamente acaudalado. Se pasaba el tiempo leyendo y ocupándose del jardín; se sentía orgulloso de sus espuelas de caballero. Salía muy poco de casa, sólo iba a las exposiciones florales. ¿Cree usted —aventuró mirando ansiosamente a Pons— que la sanguijuela tenía algo que ver con las flores?

—Más bien me siento inclinado a dudarlo —replicó Pons secamente.

—Tampoco encontré nada entre sus papeles que me diera alguna clave sobre el significado de la sanguijuela, señor Pons. Es decir, nada que yo pudiera entender. —Sonrió tímidamente, levantó su retículo y sacó una hoja doblada de papel—. Había esto. Lo único que pude concluir es que mi hermano estaba trabajando en algún tipo de problema matemático.

Pons miró el papel y me lo pasó sin hacer comentario alguno.

Nada más verlo supe que ciertamente no era un problema, sino una sucesión numérica que evidentemente tenía algún significado para el difunto hermano de la señorita Cosby.

90	33	7
117	17	5
131	34	2
289	6	4
314	10	9
368	12	1
371	6	8
416	7	5
439	6	5
446	28	2
451	3	5

—No le habría dado ninguna importancia —prosiguió nuestra denta—, pero estaba metido en un sobre y cuidadosamente guardado. ¿Comprende lo que hay escrito ahí, señor Pons?

—Si me lo permite, me lo quedaré, y también la caja de cartón.

—Ah, también tengo el sobre —dijo la señorita Cosby, casi como una ocurrencia a destiempo, y sacó otro papel doblado con esmero que entregó a Pons.

—Su hermano seguramente ocuparía su tiempo en algo más que en la jardinería —aventuró Pons.

—Oh, era un gran lector, señor Pons. Durante un tiempo solía dedicarse a los periódicos, pero los dos últimos años sólo leía libros. Tenía la costumbre de tomar notas de todo lo que leía, aunque últimamente había dejado de hacerlo. Mi hermano poseía una gran biblioteca. Por supuesto, parte de ella había pertenecido a mi padre, el núcleo podría decirse; así que él se limitó a aumentarla.

—¿Siempre han vivido en Rye?

—Nacimos en esa casa, señor Pons.

—¿Algún miembro de la familia se había dedicado a la importación con anterioridad?

—Bueno, teníamos un tío abuelo que vivió en Hanoi hasta su muerte, hace diez años. No sé a qué se dedicaba en concreto. Mi hermano había trabajado en el banco de Rye, pero no le gustaba y tuvo algunos pequeños problemas, así que lo dejó y se dedicó a la importación en Hanoi.

—¿Se sabía si su hermano padecía algún tipo de dolencia en el corazón?

—Hacía algunos años que tenía la presión alta, señor Pons.

—¿Desde antes o después que regresara de Oriente?

—Tras su regreso.

—¿Y se trataba de algo que todos sabían?

—Creo que sólo estábamos al corriente el doctor, mi hermano y yo misma. —Nuestra denta juntó las manos como si hiciera una súplica—. Señor Pons, ¿cree que corro peligro? ¡Tengo tanto miedo!

—Le ruego que no se alarme en exceso, señorita Cosby. El doctor Parker y yo iremos a su casa hoy mismo, antes de que anochezca. Tendremos que planearlo todo para pasar allí la noche. No me sorprendería que el remitente de este curioso mensaje fuera a hacerle una visita.

Una expresión de alarma asomó en los ojos de nuestra denta.

—No tema, señorita Cosby, el doctor Parker y yo estaremos allí.

Cuando se hubo ido nuestra visitante, Pons se sentó unos minutos con los tres objetos que había dejado, colocados ante él en la mesa, y los contempló reflexivamente. Yo lo observaba a hurtadillas y vi que al momento arrancaba una hoja de un bloc y empezaba a anotar algo. Miré por encima de su hombro y comprobé que había reordenado los números de los apuntes matemáticos del difunto David Cosby en tres columnas:

90	33	7
117	17	5
131	34	2
289	6	4
314	10	9
368	12	1
371	6	8
416	7	5
439	6	5
446	28	2
451	3	5

Pons se echó hacia atrás, con los ojos en continuo movimiento.

—¿Qué le sugiere, Parker?

—Es un código de algún tipo.

—Elemental. ¿No le sugiere nada el orden de las cifras?

Las miré durante un buen rato, concentrado.

—No soy criptólogo.

—Vaya, vaya, no hace falta serlo. —Apartó el papel a un lado y se acercó la caja de cartón—. Veamos qué me dice de la sabandija.

—Para mí no es más que una sabandija roja —respondí con cierta impaciencia.

—Le informo de que hay un evidente rasgo extraño que debe tenerse en cuenta —explicó Pons con aquel irritante aire de saber algo que los demás desconocen.

—Durante mis años de ejercicio de la medicina he visto docenas de sanguijuelas —le repliqué secamente.

—Pero apuesto a que ninguna como ésta. En la clase de los hirudíneos hay varias especies, y el ejemplar que tenemos aquí pertenece al orden de los acantobdeliformes. Casi todos ellos son acuáticos, pero hay algunas sabandijas terrestres parásitas, bastante comunes en los trópicos. Ésta es una de ellas. Y las sabandijas son de color marrón, verde, negro, amarillo y hasta oliváceo. Pero no existen sabandijas rojas.

—¿Cómo puede afirmarlo? Si tiene una delante.

—Digamos más bien que lo que hay aquí es una sabandija de un color visiblemente rojo —dijo Pons.

—Está haciendo juegos de palabras.

—Todo lo contrario. Esta sabandija no es roja por naturaleza. Yo diría que en condiciones normales tendría un color marronáceo. El rojo se le ha añadido.

—¡Pintada!

—Eso parece.

—Pero, entonces, ¿cómo es posible que una sanguijuela roja tenga un significado para alguien, cuando en realidad no existe? —le pregunté casi gritando.

—Exactamente. Ése es el problema. Y un significado tan particular que puede provocar un ataque fatal de apoplejía. Sin embargo, he de señalar que la sabandija no pretendía provocarlo. Me imagino que intentaba transmitir un mensaje que tal vez sólo David Cosby pudiera entender, o quizá otra persona que probablemente estuviera al tanto del secreto que le confiere su sentido.

—Como su hermana.

Pons asintió.

—En ese caso, se trataría de un mensaje que Cosby nunca había imaginado que recibiría —prosiguió—. Sólo un mensaje de esa clase podría haberle turbado hasta el extremo en que lo hizo éste.

—¡Una amenaza de muerte!

—No vaya tan rápido, Parker. Todavía no estamos en condiciones de hacer tal afirmación. Supongamos, por el momento, que el animal pretendía transmitir cierta información que Cosby no tenía ningún motivo para pensar que recibiría jamás. Debió de ser enviada para desencadenar o anunciar una sucesión de acontecimientos. Éstos se habrían ido produciendo con toda probabilidad si Cosby hubiera sobrevivido a su ataque, que, por la descripción de nuestra diente, supongo que se trató de una apoplejía paralizante, quizá una trombosis cerebral.

»Por supuesto, el remitente envió el paquete cuando estaba de camino hacia Inglaterra desde algún país tropical, pues las sabandijas proceden de allí, aunque también es posible que las hubiera conseguido en París. Desde París se la mandó a Cosby, y luego se tomó su tiempo para viajar hasta Rye. Una vez allí, se enteró de la muerte del destinatario. También se enteró de que su hermana le había sobrevivido y concluyó que el asunto que le había comunicado tan espectacularmente a Cosby podía seguir adelante con ella. Todavía no sabe que su conclusión es un error.

—¿Y nosotros lo sabemos?

—Tengo la impresión de que podemos creer razonablemente que, en estos momentos, la señorita Cosby está tan confundida como nosotros, si no más —añadió enigmáticamente.

Me negué a seguirle el juego.

Entonces cogió el envoltorio que había cubierto la caja de cartón y me lo dio.

—¿Qué piensa de esto? Ya conoce mis métodos.

Lo examiné cuidadosamente durante unos minutos.

—Está escrito por una mano fuerte, con una pluma de punta ancha —concluí—. Quien lo hizo fue sin duda un hombre. —Animado por la sonrisa de Pons, proseguí—: Lo escribió con cierto apresuramiento, pero no parece que habitualmente sea muy descuidado, porque se esmeró mucho más preparando la sabandija que con la dirección. El papel de envolver parece de una calidad normal, fácil de adquirir en cualquier tienda; la absorción de la tinta hace que las letras parezcan más anchas de lo que en realidad lo eran cuando las escribieron.

—¡Excelente, Parker, excelente! —exclamó Pons—. Estoy encantado con su

demostración de sus evidentes progresos en el raciocinio.

Me incliné, agradeciéndole su alabanza.

Se puso de pie bruscamente.

—Ahora, si me perdona, tengo una o dos pequeñas pesquisas por hacer y luego, si todavía dispone de tiempo, saldremos para Rye.

La casa de nuestra denta se levantaba cerca de los pies de la loma sobre la que se encuentra el pintoresco pueblo de Rye, no lejos del borde de las marismas saladas, en el punto de la localidad más apartado de la costa; estaba enclavada en medio de una finca que se extendía al menos cuatro o cinco acres, dedicados, como era visible a la luz del sol de la media tarde, a pastos, árboles y jardines. Un muro de piedra no muy alto separaba la finca de la tierra baja de los alrededores, y una hilera de arbustos marcaba los lindes de la propiedad. Aquí y allí se veían algunas estatuas, todas, salvo dos piezas, orientales; las dos excepciones eran una Venus clásica y un busto de la reina Victoria colocado sobre el muro de piedra, como si la reina fuera la patrona de los jardines, pues había una cuidada rosaleda no lejos del busto. Las piezas orientales eran las que uno esperaría encontrar en posesión de alguien que se hubiera dedicado a la importación de arte y antigüedades del sudeste de Asia.

Todo eso contemplamos mientras nos acercábamos tranquilamente al paseo adoquinado que conducía a la entrada.

Nuestra denta ya nos había visto y abrió la puerta cuando llegamos.

—¡Oh, señor Pons! —gritó—. Me alegro tanto de que esté aquí. Tenía miedo de que anoheciera antes de que llegara.

—El temor que uno siente por anticipado es siempre peor que lo que después sucede, señorita Cosby.

—¿Les muestro sus habitaciones?

—Es demasiado temprano para eso, gracias —repuso Pons—, me gustaría ver la sala en que su hermano recibió el correo el día que sufrió el ataque.

Sin decir una palabra, la señorita Cosby se dio la vuelta y nos condujo por el vestíbulo hacia la biblioteca, cuyas paredes estaban completamente cubiertas de estanterías, que iban del suelo al techo, atestadas de libros de todas clases. Al echar una ojeada me fijé en que el difunto hermano de nuestra denta tenía una marcada preferencia por determinados autores.

La señorita Cosby señaló una cómoda silla que estaba junto a una mesa estilo reina Ana y una lámpara de lectura.

—Fue ahí, señor Pons.

—En la silla, me imagino. ¿Estaba en la misma posición?

—Sí, señor Pons.

—¿Y las perreras estaban fuera a este lado de la casa? —Pons hizo un gesto hacia el muro exterior.

—Sí. Cuando David regresó de Indochina ya no utilizábamos ninguna, excepto la de *Scottie*. Lo primero que hizo nada más volver fue trasladar a *Scottie*, destruir las

casetas y plantar allí su jardín de rosas. No sé quién va a cuidarlas ahora que se ha ido, pero supongo que tendré que hacerlo yo.

Pons asintió abstraído. Paseó la mirada de la silla hasta las estanterías, y luego las revisó despreocupadamente.

—Su hermano parecía ser un devoto lector de los autores clásicos.

—Oh, lo era, señor Pons. Algunas de las colecciones más antiguas pertenecían, claro, a nuestros padres. Mi padre también leía con voracidad.

—Hardy —musitó Pons—, una colección completa. ¡Ciertamente muy recomendable! ¡Y Conrad! ¿Qué escritor de nuestro tiempo ha sabido retratar mejor el mar? Con la excepción de William Hodgson, que tenía una percepción especial de su lado terrorífico. Y aquí tenemos a Dickens, Scott, Thackeray, Dumas... todo aquello que uno podía esperar encontrar en una biblioteca como ésta.

Paseó con lentitud por enfrente de las estanterías, examinando los títulos. De cuando en cuando se detenía, cogía uno de los ejemplares, lo abría y hacía uno o dos comentarios sucintos, mientras nuestra denta le dedicaba miradas desconcertadas, volviéndose hacia mí cada tanto como buscando la confirmación de que Pons no iba a abandonar la investigación que lo había llevado allí.

—¿Quién puede compararse a Dickens en la creación de personajes memorables? —preguntó—. ¿Y quién ama el paisaje inglés como Hardy? Aunque nunca pase por alto el lado oscuro de sus compatriotas. Sir Walter está un poco olvidado hoy en día, pero creo que el gusto literario volverá a cambiar pronto.

Finalmente seleccionó un libro y se volvió hacia nuestra denta.

—Y ahora, si es tan amable, condúzcanos a nuestros aposentos.

Nuestra denta nos llevó a una amplia habitación del piso superior. Tras asegurarnos que no faltaba mucho para la cena, nos dejó solos para que intercambiáramos impresiones.

—No sabía que le gustara Scott. —Me resultó imposible reprimir el comentario.

—Ah, Parker, sir Walter es uno de los autores más instructivos. Se me ocurren cosas mucho peores que recurrir a él para aprender nuestra historia. Es el escritor más meticuloso. Mire esta novela: tiene una veintena de páginas al final dedicadas a notas sobre el texto, notas que exponen el fundamento histórico de esta obra sobre Elizabeth y Leicester.

Se acomodó en una silla y dejó el libro a un lado momentáneamente para dedicarse a examinar los dos papeles que le había dado la señorita Cosby.

—¿Sus pesquisas posteriores han añadido algo a lo que ya sabíamos por nuestra denta? —le pregunté antes de que se sumiera en la lectura de los papeles o de la novela.

—Oh, nada de importancia —respondió sin levantar la mirada—. Aquellos «pequeños problemas» en el banco donde había trabajado Cosby antes de su aventura en Indochina no parecen haber sido más que una insignificante malversación. Nunca se pudo probar nada. Abandonó el banco sin estridencias y se fue a Oriente. Allí

fundo la Indo-China Importing Company con ayuda de su difunto tío y, según parece, dirigió un negocio legal y provechoso, haciendo viajes ocasionales a países cercanos, siempre buscando y comprando objetos y obras de arte primitivos y cosas por el estilo. Luego, al cabo de diecisiete años, vendió su negocio y volvió a Inglaterra para instalarse aquí.

Tras examinarlos superficialmente, dejó los papeles y cogió la novela histórica que había traído de la biblioteca. A partir de ese instante, alternó la lectura del texto con la de los papeles durante un rato y, tras tomar unas notas, se quedó con el libro hasta que la señorita Cosby llamó a la puerta para avisarnos de que la cena estaba preparada.

En medio del sustancioso ágape nocturno, Pons prosiguió con su investigación:

—Señorita Cosby, antes mencionó que creía que su hermano era moderadamente acaudalado. Desde su fallecimiento habrá tenido ocasión de comprobarlo.

—Sí, señor Pons, la he tenido. Me ha dejado en una buena situación económica para lo que me queda de vida. La transferencia de fondos desde Indochina junto con la venta de su negocio suman una cantidad considerable. Su cuenta en el banco tiene un saldo positivo de diez mil libras, y hay otras inversiones. Además, mi hermano aludió en alguna ocasión a cierto seguro contra pérdidas o en previsión de alguna otra cosa que sucediera en el banco. Pero esto no se ha aclarado; si tenía una póliza, todavía no la hemos descubierto. Mi hermano era muy reservado, y también extremadamente avaro, siento tener que decirlo. Si hubiera dependido económicamente de él, muchas veces me habría encontrado sin fondos; afortunadamente no era ése el caso.

—Cuando entrábamos me fijé en una hermosa rosaleda —dijo Pons.

—David estaba muy orgulloso de sus rosas. Las plantaba él mismo, y cuidaba de ellas a todas horas. Nunca contrató a un jardinero. Se encargaba él de todo. Por supuesto que, en parte, obraba así para ahorrar dinero, pero primordialmente porque estaba convencido de que nadie podía hacerlo tan bien como él.

—Mientras su hermano permaneció en Indochina, ¿diría que mantenía con usted una comunicación fluida y frecuente?

—Me asombra que me lo pregunte, señor Pons —respondió—, y lo cierto es que no puede decirse que mi hermano poseyera la virtud de la comunicación. Escribía cartas muy breves y sucintas.

—¿Le hablaba de sus socios?

—Sólo de nuestro tío. Él le ayudó a empezar, pero mi hermano estaba evidentemente a cargo de su negocio. Ahora lo dirige un hombre llamado Goddard, Henry Goddard.

—Pero sin duda su hermano empleó a otras personas. Necesitaría que alguien se ocupara de la oficina cada vez que hacía viajes por el interior del continente a la búsqueda de las obras de arte primitivo que compraba.

—Tengo entendido que contrató a tres empleados. En alguna ocasión mencionó

ese número. Uno era un dependiente, otro un contable que se encargaba de todo cuando él salía, y el tercero un ayudante, que acompañaba a mi hermano en sus viajes.

La frugalidad de lo que comía dejaba claro que Pons estaba concentrado meditando sobre alguna pista. De cuál se tratara no logré adivinarlo, porque sus preguntas habían sido demasiado generales. No se había podido enterar de nada que no hubiera descubierto ya en sus pesquisas previas en Londres. Pero su rostro no había mostrado jamás una expresión tan fiera, con sus ojos penetrantes clavados en la señorita Cosby, y un par de arrugas surcándole la frente. Por eso me cogió desprevenido su actitud práctica al finalizar la cena.

—Bien, señorita Cosby —dijo animadamente—, ya ha oscurecido. Necesitaremos una linterna y una pala.

La mandíbula de nuestra diente se quedó suspendida en el aire mientras contemplaba desconcertada a Pons antes de poder articular palabra.

—Encontrarán las dos cosas en el cobertizo de las macetas. Sígame, se lo enseñaré.

—Le ruego que no se moleste. Sabremos encontrarlo solos.

—Muy bien, señor Pons. El cobertizo está justo detrás de la casa, al borde de los campos —indicó.

Una vez que salimos fuera, en la penumbra que se iba oscureciendo, Pons me cogió del brazo y me puso una pistola en la mano.

—Es muy posible que la casa esté sometida a vigilancia, Parker. Necesito que me cubra mientras trabajo. En el lado oeste de la casa hay un fresno, no muy lejos del jardín de rosas. Más allá hay una mata de arbustos de laurel. Coloquese allí.

—Ha descifrado el código de Cosby —susurré—. ¡Extraordinario!

—¡Ay de mí! ¡Tristemente prosaico! —me replicó y se fue.

Encontré el fresno sin dificultades; desde allí rodeé la rosaleda y me dirigí a los arbustos de laurel que crecían a lo largo del muro de piedra en el límite occidental de la propiedad de los Cosby. Me escondí; había aceptado antes sin rechistar la propensión natural de Pons hacia el drama, así que podría hacerlo una vez más.

Vislumbré la luz de una linterna y al cabo de un momento divisé a Pons, con la linterna en una mano y una pala en la otra. Se acercó al fresno y se detuvo a tomar medidas. Vi cómo fijaba su posición antes de dar cinco pasos en dirección al noreste. Luego dio otros cuatro muy largos hacia la izquierda, como si se encaminara al busto de la reina Victoria, y así llegó al borde del jardín de rosas. Allí dejó la linterna en el suelo, se arrodilló para examinar la tierra y, al cabo de un instante, empezó a cavar.

Excavó un rato y luego se detuvo para tantear el agujero que había hecho. A continuación siguió excavando, y de nuevo volvió a tantear. Al cabo de un momento, escuchó algo que debía de haber esperado oír, porque empezó a trabajar con mucho más cuidado, excavando alrededor de algún objeto. Finalmente extrajo del hoyo una caja de cobre, de apenas medio pie cuadrado. La colocó en el suelo, junto a la

linterna, y la abrió. Fuera lo que fuera, brillaba y lanzaba destellos... rojos.

Pero en aquel momento alguien lo interrumpió.

—¡Me la llevaré yo! —dijo una voz firme.

Bajo el débil resplandor de la linterna vi a un hombre delgado de mediana altura. Sostenía un revólver en la mano y apuntaba a Pons.

Dejando la caja con su contenido donde estaba, Pons se puso de pie sin prisas, a la vez que levantaba la linterna para iluminar a un hombre de mediana edad.

—El señor Leach, supongo —replicó Pons—. Conocido por sus amigos como Leach *el Rojo*^[1]

Entonces reparé en que el hombre tenía la barba y el pelo pelirrojos.

—No le conozco —contestó Leach con temor.

—Me llamo Solar Pons, aunque dudo que haya tenido ocasión de oír hablar de mí en el sudeste de Asia. El caballero que le está apuntando con su arma desde la mata de laurel es el doctor Lyndon Parker.

Leach se estremeció levemente.

—Buenas noches, señor Leach —grité.

Una mirada salvaje apareció en su rostro.

—Por lo que sé, usted no ha hecho nada ilegal, señor Leach —prosiguió Pons impasible—. Le ruego que no se deje llevar ahora por sus impulsos. Ha venido a visitar a la señorita Cosby por un asunto de negocios, que obviamente tiene mucha importancia para usted. Entremos todos en la casa. —Leach permaneció inmóvil, como si se hubiera quedado sin habla—. Pero antes —añadió Pons extendiendo la mano—, su arma.

Durante unos instantes ninguno de los dos se movió.

—Vamos, hombre, ¿qué está pensando? —insistió Pons.

Lentamente, como si el giro que habían dado los acontecimientos lo hubiera hipnotizado, Leach le entregó el arma a Pons.

—Y ahora, señor Leach —instó Pons con energía—, coja ese rubí, que en verdad es el mayor que he visto en mi vida, y sígame.

—¿Me lo confía? —preguntó Leach con voz incrédula.

—Me atrevería a decir que usted tiene algún derecho sobre él —respondió Pons.

—Es el *Ojo de Buda* —repuso Leach.

—La señorita Cosby querrá que se lo cuente. Demos la vuelta y vayamos por la puerta principal, presentándonos como es debido. Parker, guárdese la pistola, Leach es un buen hombre.

Leach cojeaba visiblemente. Quizá fue ésa la razón por la que no intentó huir y nos acompañó sumisamente, caminando entre Pons y yo mismo, hasta la entrada delantera de la casa, donde mi admirado amigo dejó en el suelo la pala y la linterna e hizo sonar la campanilla.

La señorita Cosby fue a la puerta y la abrió. Su expresión de sorpresa se hizo patente al ver a tres hombres cuando había esperado encontrarse con dos.

—Señorita Cosby, permítame presentarle al señor Leach, al que se le conoce como Leach *el Rojo* —dijo Pons.

—¡Oh! —exclamó y se llevó una mano a los labios.

—El señor Leach lleva lo que su hermano había enterrado al borde de su jardín de rosas a su regreso de Indochina..., el «seguro» del que usted no pudo encontrar ningún rastro —prosiguió Pons pasando junto a ella—. Me parece que este señor tiene algún derecho sobre lo que hay en la caja. Si no está muy indispuesta para escuchar su historia, podríamos oírla todos.

—Pasen —invitó con voz aflautada, ya recuperada—. Ciertamente, he de escucharla.

Al verlo en la habitación bien iluminada, Leach se reveló como un hombre que acababa de alcanzar la mediana edad, con una elegancia que desmentía la brusquedad de su voz. Tenía unos agradables ojos azules que se arrugaban en los ángulos, y advertí que su barba servía para ocultar una cicatriz que le recorría un lado de la mandíbula.

—Tan sólo pretendía asustar al viejo Davey —dijo con tono de disculpa—, hacerle saber que seguía en el mundo de los vivos. Nada más. Bueno, y también avisarle de mi llegada para reclamar lo que me pertenecía.

—¿A qué se refiere, señor Leach? —preguntó la señorita Cosby.

—La mitad, como mínimo, de este rubí, y parte de mi sueldo atrasado. ¿No lo sabe?

—No, señor Leach.

—Bien, señorita, entonces le debo una disculpa.

La señorita Cosby esbozó una sonrisa vacilante.

—Prosiga, señor Leach. ¿Cómo llegó este rubí a manos de mi hermano?

—Yo era su ayudante, señorita Cosby, y lo acompañaba en sus viajes. Podría decirse que conocía la zona. Ya había trabajado antes para el tío de su herm..., oh, le ruego que me perdone, para su tío, y luego, cuando murió, trabajé para su hermano. Recorrimos todo el país comprando piezas de arte primitivo, como las que tiene aquí, en el jardín, y otras obras por las que podía conseguir un buen precio. Así se ganaba el dinero, vendiendo cada pieza por diez veces el valor que había tenido que pagar por ella; incluso, en alguna ocasión, hasta por cien veces su valor.

»Habíamos oído rumores acerca del *Ojo de Buda* desde hacía años. Su tío ya sabía que existía una piedra preciosa engastada en la frente de una estatua de Buda perdida en las junglas de Siam. Hay poco que contar, sólo que una vez, durante una tormenta, nos extraviábamos, vagamos muchos kilómetros por la selva y fuimos a dar con ella. Rompimos la estatua y le arrancamos el rubí. Ésa es la parte afortunada de la historia. La desafortunada es que, cuando salíamos de allí, nos atacó un grupo de sacerdotes y yo resulté herido. Entonces Davey gritó “¡Sálvese quien pueda!” y huyó corriendo. Se escapó. Yo no pude. Pero no me mataron. Me hicieron prisionero, de algún modo me curaron la herida y luego me obligaron a trabajar para ellos. ¡Más de

seis años! Finalmente pude escaparme y empecé a buscar a Davey. Le envié la sabandija como aviso, para que estuviera preparado para pagarme cuando llegara aquí.

—¡Pobre hombre! —exclamó comprensiva nuestra diente—. No hay duda de que tiene que quedarse con ese rubí. ¿Qué iba a hacer yo con él?

—Gracias, señorita Cosby.

—Y mañana por la mañana pásese por aquí y hablaremos de los salarios que le adeudaba mi hermano.

El señor Leach, con los ojos iluminados, le dedicó una mirada pausada, que ella le devolvió.

Pons se levantó con diligencia.

—Discúlpennos, señorita Cosby. Acompañaremos al señor Leach a su alojamiento y luego cogeremos el tren de Londres, que pasa a las diez menos cinco.

—Me parece —comentó Pons con una sonrisa, una vez que estuvimos sentados en nuestro compartimiento de camino a Londres— que el señor Leach puede haber encontrado algo más que una recompensa económica por las desgracias que padeciera en Siam.

—¡Caray con Leach! —exclamé—. ¿Qué le hizo excavar en el jardín de rosas?

—Creía que era obvio —respondió Pons—; no dice mucho en favor de su capacidad de observación que me lo pregunte. Fue sir Walter Scott, por supuesto.

—¡Fantástico!

—En absoluto. Cosby intentó explicárselo a su hermana, pero ella, siendo menos imaginativa que él, le malinterpretó cuando le habló de las perreras y del perro, *Scottie*. Ciertamente, él miraba hacia donde habían estado las perreras; pero también a las estanterías. Dando por supuesto que su hermano había sufrido algún daño mental, ella no hizo más que un esfuerzo superficial por entenderlo. Lo que en realidad estaba intentando decirle era «*Kenilworth*» y «*Scott*»..., sir Walter Scott, no el perro de nombre parecido^[2].

»La solución al sencillo código de Cosby se hallaba en *Kenilworth*. Recordará que le llamé la atención sobre el orden de los números. Por una tozudez innata a su naturaleza, usted fue incapaz de entenderlo. Y aun así, saltaba a la vista que el código se basaba en un libro. La primera línea de números iba del 90 al 451, la segunda no pasaba del 34 y la tercera sólo llegaba al 9. ¿Qué podían ser sino las páginas de un libro, las líneas de la página y la posición que ocupaba la palabra en la línea? En casos como éste, claro, por más simple que sea el código, resulta imprescindible disponer del libro para poder establecer exactamente de qué páginas, líneas y palabras se trata. Nuestra diente, pese a lo torpe que es, fue sin embargo capaz de darme la pista necesaria para reconocer el título una vez di con él en las estanterías. Una vez descifrado, el mensaje resultó claro y explícito: “Busca bajo el fresno, cinco pasos al noreste y cuatro hacia la reina”. La reina, en este caso, era el busto de su difunta majestad Victoria.

»Me temo que a estas alturas la señorita Cosby está empezando a darse cuenta de que su difunto hermano era un canalla; eso sí, un canalla limitado a, digamos, una décima parte de su persona. Yo, la verdad, hubiera preferido uno de una dimensión más cercana a... ¡las nueve décimas partes!



Aventuras de los arqueros de Sussex

(The Adventure of the Sussex Archers, 1962)

Un atardecer de verano, a finales de la década de 1920, cuando regresé a nuestra vivienda de Praed Street, hallé a mi amigo Solar Pons sentado en su sillón con la cabeza gacha contemplando una hoja desdoblada de papel rayado.

—Ah, Parker —dijo, sin levantar la cabeza—, llega justo a tiempo de lo que promete ser una entretenida diversión.

Dicho esto, me hizo entrega del papel que acababa de examinar. Era un papel de escribir barato, de esa clase que se encuentra fácilmente en cualquier papelería. Encima habían pegado unas letras recortadas de un periódico amarilleado por el tiempo que decían: «¡PREPÁRESE A RECIBIR SU CASTIGO!». También habían pegado en el papel un dibujo impreso correspondiente a una flecha.

—Se lo enviaron a Joshua Colvin, de Lurgashall, Sussex —dijo Pons—, y me ha llegado esta misma tarde mediante un mensajero de Claridge's. Adjuntaban esta carta.

Extrajo la carta de un bolsillo de su batín.

Querido señor Pons:

Si no tiene usted inconveniente, quisiera visitarle a las ocho de esta tarde para hablar de un problema sobre el que mi padre no hará nada, pese a que un aviso semejante ya ha sido seguido de muerte. Le adjunto el aviso que recibí. Como sé que estará usted al corriente de los actuales crímenes y misterios de Inglaterra, ¿me permite llamar su atención sobre la muerte de Andrew Jefferds, de Petworth, hace diez días? Si no resultara conveniente mi visita, envíeme un cable a Claridge's y desistiré. Reciba, señor, mis respetos.

Hewitt Colvin

—Por los periódicos que tiene al lado del sillón, veo que se ha enterado de la muerte de Jefferds —dije.

—En efecto. Jefferds, un hombre al que no se le conocen enemigos (no hemos leído que los tenga), fue muerto al atardecer hace diez días en su jardín, junto al bosque; recibió un flechazo en la espalda.

—¡No hay duda de que es un arma inusual! —exclamé.

—¡No lo es! Pero sí muy significativa, porque también aparece en el aviso y sin duda tendrá algún significado para el señor Colvin. —Levantó la mano para imponer silencio—. Se acerca un vehículo y sospecho que es nuestro cliente.

A los pocos instantes entró la señora Johnson con Hewitt Colvin. Era un hombre de treinta y tantos años, de rostro rubicundo y penetrantes ojos grises. Llevaba bigote y patillas y tenía la estampa de un hacendado rural.

—Señor Pons —dijo sin preámbulos—, espero que disculpe usted la brusquedad de mi carta. Seis hombres han recibido sendas copias como el aviso que le envié... y uno ya está muerto.

—¡Ah —dijo Pons—, el significado de la flecha! —Señaló con la mano una silla a nuestro cliente, pero Colvin estaba demasiado agitado para sentarse y empezó a

pasear de un lado a otro a grandes zancadas—. ¿Qué tienen estos seis hombres en común?

—Todos pertenecieron a los arqueros de Sussex.

—¿Están en activo?

—No, señor. Ahí está el fondo de mis problemas. Se disolvieron a la muerte de Henry Pope, hace veinte años. Pope era el séptimo miembro de los arqueros. Murió igual que Jefferds..., por una flecha perteneciente a los arqueros de Sussex. La investigación dictaminó que se trataba de muerte accidental, y siempre entendí que era un veredicto justo.

—Empecemos por el principio, señor Colvin —sugirió Pons.

—Puede que aquello fuera el principio... allá por 1907. En lo concerniente al momento actual, bueno, señor, supongo que empieza con el regreso de Trevor Pope, hermano de Henry Pope, muerto hace dos décadas. Había vivido en Canadá, volvió a Inglaterra, abrió la vieja casa de los Pope cerca de Lurgashall e inició allí una existencia de reclusión.

»¡Difícilmente olvidaré la primera vez que lo vi! Como usted sabe, los alrededores de Blackdown son grandes terrenos de excursionismo. Un atardecer estaba yo por allí, cuando oí a alguien que venía corriendo hacia mí. Me oculté entre la maleza justo a tiempo de ver salir corriendo del bosque, por un claro cerca de donde me encontraba escondido, a un hombre bajo, moreno, membrudo, rodeado por seis grandes mastines, todos corrieron en absoluto silencio sin hacer más ruido que el de las pisadas de él. ¡Parecía inconcebiblemente amenazador!

»Eso era en mayo. Dos semanas después volví a verlo. Esta vez no lo oí; irrumpió súbitamente ante mí, pedaleando con furia sobre una bicicleta, con los mastines corriendo a sus costados; tres a cada lado. Y, aunque me vio, no dijo una palabra; simplemente pasó todo lo deprisa que podía. Ni siquiera ladraron los perros. Señor Pons, aquello fue muy extraño. Después fui conociendo quién era, pero entonces aquello no significaba nada para mí... Cuando murió Henry Pope yo tenía doce años y me encontraba fuera, en el colegio.

»Luego, a finales de junio, llegaron los mensajes.

—¿Enviados a todos los miembros supervivientes de los arqueros de Sussex? —lo interrumpió Pons.

—Sí, en efecto.

—¿Los seis viven todavía cerca de Lurgashall? Creo que Petworth no está a más de cinco o seis kilómetros de distancia.

—Todos menos uno. George Trewethen se mudó a Arundel hace diez años.

—¿Cuál fue la respuesta de su padre al aviso?

—No hizo caso pues creyó que se trataba de la obra de algún chiflado; hasta que murió Jefferds. Entonces escribió o telefoneó a los otros miembros y supo por primera vez que todos habían recibido avisos idénticos. Se alarmó un poco, pero no por mucho tiempo. Es muy obstinado. Ahora, cuando sale lleva una escopeta; pero

eso no sirve de nada contra una flecha por la espalda. Por eso mi hermano y yo nos turnamos siguiéndolo y no perdiéndolo de vista siempre que sale.

—¿Está usted aquí con su consentimiento?

—Sí, señor Pons. Él no es contrario a una investigación privada, pero parece resuelto a mantener alejada a la policía.

—Pero ¿no está interviniendo ya la policía? —preguntó Pons.

—Sí, pero no sabe nada sobre el aviso recibido por Jefferds. Si lo sabe mi padre es porque él le habló de destruirlo cuando fue a visitarlo unos días antes de su muerte... Señor Pons, mañana por la mañana regreso a Lurgashall. ¿Puedo sugerir que me acompañen en mi coche usted y el doctor Parker?

—Señor Colvin, ¿qué espera exactamente de nosotros?

—Que encuentren el modo de atrapar a Trevor Pope antes de que atente contra la vida de mi padre.

—A buen seguro que eso no va a ser fácil. ¿Dijo usted que tiene seis mastines? Además, es un hombre que corre o va en bicicleta tan rápidamente como puede. ¿Qué dice usted, Parker?

—¡Que vayamos! Me muero de curiosidad por ver a ese hombre y sus perros.

—Gracias al cielo, señor Pons. Está a poco más de una hora de Londres. Vendré a recogerlos a las siete de la mañana.

Después de irse nuestro cliente, Pons permaneció sentado unos instantes mirando pensativo la oscura chimenea. Pronto se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Qué opina usted, Parker?

—Bueno, está claro como la palma de la mano que el viejo Colvin no quiere que la policía meta las narices en aquel accidente de hace veinte años —dije—. Y eso hace pensar que pudo haber sido más que un accidente. Esta conclusión nos sitúa a un paso de la teoría de que Trevor Pope ha venido del Canadá para vengar la muerte de su hermano.

—A buen seguro que ésa es una deducción ejemplar —dijo Pons—. Sólo me inquietan un par de aspectos, que sin duda me podrá aclarar usted cuando llegue el momento. Hasta ahora no tenemos ninguna prueba que relacione a Trevor Pope con los avisos.

—Seguramente no es una mera coincidencia que la aparición de Pope en la vecindad vaya seguida por las cartas de aviso. ¡Su propio estilo apunta hacia ello!

—¡No lo crea! —arguyó Pons—. A las presuntas víctimas no se les dice que se preparen a morir, sino «a recibir su castigo». ¡Esto seguramente es ambiguo! ¿«Castigo» a causa de qué?

—Por el asesinato de Henry Pope, ¿por qué si no?

—La investigación del forense determinó que Pope tuvo una muerte accidental.

—Las investigaciones no son infalibles, Pons; nadie lo sabe mejor que usted.

—Cierto, pero me inclino un poco a desconfiar de lo obvio. ¿Por qué avisar a estos caballeros si lo que se persigue es vengarse de ellos?

—Resulta de psicología elemental el que los vengadores tengan un deseo patológico de hacer saber a sus víctimas por qué están siendo castigadas. Estos avisos parecen haber logrado su propósito, ahora que el primero de los arqueros supervivientes ha sido asesinado.

—Pero no hasta el extremo de que alguno de ellos haya acudido a la policía. ¡Qué tímida repugnancia a actuar!

—Si faltaba alguna prueba para demostrar que la muerte de Pope no fue tal como parece, sin duda aquí la tenemos.

—¿De veras? No sé, no sé. Me temo que estas aguas están más turbias de lo que por ahora podemos creer. Ya veremos.

Después Pons se retiró a su habitación provisto de un mapa de Sussex.

Por la mañana, una hora después de que nos recogiera nuestro cliente, cruzábamos con el coche la singular aldea de Lurgashall, situada en Wealden, y luego escalábamos la cumbre de Blackdown, el punto más alto de Sussex. Nuestro cliente vivía cerca de la cuesta, en una laberíntica casa de piedra, detrás de unas columnas de piedra y un seto de tejos, con dependencias laterales que daban a la pendiente.

Nuestro cliente había teleografiado a su padre anunciando nuestra inminente llegada; como consecuencia de ello, Joshua Colvin nos estaba esperando en la sala del desayuno. Era un hombre de mediana edad, robusto, con un feroz y desordenado mostacho y una mirada perruna en sus ojos negros.

Las presentaciones que hizo su hijo las acogió con un tono brusco y autosuficiente.

—¿Quieren desayunar conmigo? —preguntó.

—Una taza de té, señor —dijo Pons—. Me gusta tener la mente clara para estos pequeños problemas.

Colvin los obsequió con una mirada llana y circunspecta.

—Síéntense, caballeros —dijo—. No les importará que siga comiendo, ¿verdad? Esperaba su llegada.

—En absoluto, señor Colvin.

Tomamos asiento a la mesa del desayuno, y enseguida nos habríamos sentido a gusto de no haber sido por una interrupción casi inmediata. Un muchacho joven, que obviamente acababa de levantarse de la cama, irrumpió en la habitación, con su sensible rostro enrojecido y acongojado.

—Padre, anoche vi a Pearson... —dijo, y al advertir nuestra presencia se detuvo—. Les ruego que me disculpen.

—Ven; llegas tarde otra vez —dijo Colvin. Volviéndose hacia nosotros, añadió—: Mi hijo Alasdair; el señor Solar Pons, el doctor Parker. Así que Pearson... ¿Estás completamente seguro?

—Completamente, señor. Escondido tras el cercado de la entrada. Cuando llegué a medianoche.

—Pearson —aclaró nuestro cliente— es un ojeador que despidió mi padre hace

más de dos meses. Desde entonces anda merodeando por aquí.

—¿Puedo preguntar por qué lo despidió? —inquirió Pons.

—Formaba parte de un grupo de cazadores furtivos —gruñó Colvin—. Es algo que no tolero.

Alasdair Colvin, mientras tanto, sólo se había tomado una taza de café. Luego se puso de pie, pidió disculpas y abandonó la habitación.

—El chico está empleado en una editorial —se apresuró a decir Colvin—. Un trabajo duro. Se levanta tarde. Desgraciadamente, como digo yo.

Nuestro anfitrión ya había devorado su abundante desayuno. Se retiró de la mesa, empujando hacia atrás su silla, y se puso en jarras agarrado a los brazos de aquélla.

—Bien, señor —le dijo a Pons—, ya que están aquí por invitación de mi hijo, podemos hablar sobre ello.

—Dígame algo acerca de los arqueros de Sussex, señor Colvin.

—Hay poco que decir. Se fundaron en 1901 y se disolvieron en 1907, debido al asesinato accidental de uno de nuestros miembros, Henry Pope. Nunca hubo más de siete miembros. Pope, Jefferds, yo mismo, George Trewethen, Abel Howard, Will Ockley y David Wise. Éstos éramos todos. Todos aficionados al tiro con arco. Nos reuníamos para practicarlo. En eso consistía. Todos congeniábamos. Nos gustaba echar un trago de vez en cuando. No había ningún mal en ello. Teníamos nuestras propias flechas especiales y cosas así. De vez en cuando competíamos con otros clubes. La muerte de Henry nos dejó sin ánimos y puso fin a los arqueros de Sussex.

—La muerte del señor Pope parece motivo suficiente para justificar algunas preguntas —dijo Pons.

—De eso hace veinte años, señor Pons —dijo Colvin, en un creciente tono defensivo—. A estas alturas no es más que polvo y huesos. La investigación del forense dijo que fue un accidente.

—¿Insiste usted en ello, señor Colvin? —lo presionó Pons.

De pronto aparecieron gotas de sudor en las sienes de nuestro anfitrión. Se agarró con más fuerza a los brazos de su asiento.

—¿Qué diablos, señor! ¡Ésa fue la decisión del jurado!

—No la suya, señor Colvin.

—¡No!

—Admita, señor, que la aceptó usted con reservas.

—Como no es usted de la policía, señor Pons, puedo decir que sí.

—Entonces, señor Colvin, no fue un accidente.

—¡Asesinato! —Nuestro anfitrión casi escupió la palabra. Una vez dicha, se relajó; sus manos se deslizaron a lo largo de los brazos de la silla. Hizo una profunda inspiración; las palabras le salieron a chorros—. Señor Pons, no entiendo cómo pudo ser asesinado por accidente. Ni tampoco por qué lo matarían. Todos éramos expertos arqueros, señor... ¡expertos! No era fácil que nos ocurriera un accidente. Todos éramos buenos amigos. Jamás hubo entre nosotros una palabra desagradable.

Además, ninguno ganaba nada con la muerte de Henry. Teníamos mucho que perder. De hecho, perdimos lo máspreciado para nosotros: nuestro tiro con arco. Desde aquel día no he vuelto a tocar el mío.

—¿Cómo lo mataron?

—Nos encontrábamos en Weald, señor Pons, rodeados de bosques. Estábamos separados, tomando posiciones distantes para disparar nuestras flechas. Cuando las hubimos disparado corrimos a marcar nuestras distancias y ver qué flecha había llegado más lejos. Entonces nos encontramos a Henry agonizando con una flecha en la espalda. Era una de nuestras propias flechas especiales..., pero sin ninguna marca.

—¿Sin ninguna marca?

—Como la prueba de aquel día era de distancia, habíamos marcado nuestras propias flechas individualmente. Después, cuando encontramos nuestras flechas, supimos que Henry había disparado la suya. —Hizo un alto, se humedeció los labios con la lengua, y prosiguió—: Señor Pons, aquel día todas nuestras flechas estaban marcadas; pero la que mató a Henry no lo estaba. No necesito decir que esto no se mencionó en la investigación. Quienquiera que matara a Henry había llevado para tal propósito una flecha sin marcar.

—¿Conocía mucha gente las actividades de los arqueros?

—Se establecían anualmente, señor —replicó nuestro anfitrión—. Cualquier persona interesada podía haberlas conocido. No eran muchas.

—¿Está todavía en la vecindad la familia de Pope?

—Henry era soltero. Era un hombre reservado, retirado prematuramente de la vida. Muy rico también. Su hermano más joven, Trevor, era su único heredero. Recuerdo el trabajo que nos costó localizar a Trevor; cuando logramos ponernos en contacto con él, Henry ya estaba enterrado. Se hallaba en una excursión a pie por las Tierras Altas de Escocia. Estuvo aquí el tiempo suficiente para hacerse cargo de los asuntos de Henry; cerró la casa de Pope situada al extremo de Lurgashall y se fue al Canadá. Regresó el mes de mayo último.

—¿Y esto, señor Colvin?

Pons extendió sobre la mesa que tenía delante el aviso que había recibido nuestro cliente.

—A mí me podrían castigar por muchas cosas, señor..., pero la muerte de Henry Pope no es una de ellas.

—¿Pertenece a los arqueros de Sussex la flecha que mató a Jefferds?

—En efecto. De eso no hay duda. Buen susto me llevé.

—No me extraña —dijo Pons—. Ahora hablemos sobre Pearson. ¿Cuánto tiempo estuvo con usted?

—Diez años.

—¿También usted lo ha visto merodeando por aquí?

—Yo no. Ha sido principalmente Alasdair. Hewitt lo vio en dos ocasiones.

—Sólo recientemente, señor Pons —terció nuestro cliente—. Parecía estar

esperando que saliera mi padre.

—Ese hombre conoce mis costumbres —gruñó Colvin padre—. Podía encontrarme fuera en cualquier momento que quisiese.

—Tengo entendido que ha estado usted casado más de una vez, señor Colvin.

—Oh, se ha fijado usted en que Alasdair no se parece ni pizca a él —dijo nuestro anfitrión, señalando con la cabeza a su otro hijo—. Es cierto, me he casado dos veces. Y dos veces me he quedado viudo. Alasdair es de mi segunda esposa; lo adopté. Un muchacho bueno y callado, un poco cabeza de chorlito. Tal vez se deba a su oficio.

—Y hablando del asesinato del señor Jefferds —dijo Pons entonces—, ¿no se le ocurre pensar que quien lo mató pudo ser el mismo hombre que asesinó a Henry Pope? Es una posibilidad.

—¿No se le ha ocurrido a usted? Pero ya le he dicho, señor, que estoy completamente perdido en cuanto a quién pudo haberlo hecho, y por qué.

—No ha acudido usted a la policía —dijo Pons.

—¿Qué demonios, señor!, hemos suprimido las pruebas. No queremos removerlo ahora. ¿De qué iba a servir? La única relación existente entre los dos asesinatos es una flecha usada por los arqueros. Es lo único. ¡Lo sé, señor Pons! Henry Pope era un hombre inofensivo; y lo mismo Andy Jefferds. ¿Quién podía sacar provecho de esas muertes? ¿Trevor Pope, que estaba a muchos kilómetros de distancia cuando murió su hermano? ¿La achacosa señora Jefferds, que más que la herencia de su marido lo que verdaderamente necesitaba era que siguiese con vida? Tales crímenes, señor, no tienen sentido... Pero esto es asunto suyo, no mío —terminó nuestro anfitrión, empujando su silla hacia atrás y levantándose—. Lo dejo con mi hijo.

Dicho esto, salió a grandes zancadas de la habitación.

Pons se puso de pie y se volvió hacia nuestro cliente.

—Señor Colvin, ¿cuándo fue la primera vez que vio a Pearson merodeando por aquí?

—Bueno, creo que fue la noche siguiente a la muerte de Jefferds.

—¿Nadie lo había visto antes de eso?

—Alasdair lo vio... aunque no lo mencionó hasta que dije a mi padre que lo había visto. Fue entonces cuando lo explicó. Dijo que no había querido decirlo antes para no inquietar a mi padre.

Pons se quedó un momento reflexionando. Cuando vi que se dibujaba en sus labios una leve sonrisa, supe que había optado por una nueva línea de pensamiento que le gustaba.

—Escuche —dijo a nuestro cliente—, debemos ponernos en acción. ¿Puede prestarme una tartana?

—Venga conmigo, señor Pons.

A finales de aquella tarde nos detuvimos en una taberna de Petworth, cerca de Lurgashall. Habíamos pasado el día visitando a los otros tres miembros del desaparecido club de los arqueros de Sussex, residentes en la vecindad: Will Ockley,

un semi inválido; David Wise, que ahora era clérigo; y Abel Howard, un hombre taciturno de mediana edad, que seguía entregado a sus experimentos con animales de granja. De todo ello no fui capaz de colegir si Pons había recabado más información de la que ya tenía.

Al entrar a la taberna nos acercamos al mostrador y tomamos asiento. Pons pidió un biter con ginebra y yo mi habitual cerveza. Como todavía era temprano, había pocos clientes en la taberna y el propietario, un tipo rechoncho con ojos brillantes y un cabello blanco y pajizo, no estaba muy dispuesto a hablar.

—¿Forasteros? —preguntó.

—Venimos a ver a Joshua Colvin en viaje de negocios —respondió Pons—. ¿Lo conoce?

—Sí. Lo conozco bien.

—¿Qué clase de hombre es?

El tabernero se encogió de hombros y dijo:

—A algunas personas les gusta y a otras no. Tiene una manera brusca y áspera de decir la verdad. Hace que uno se sienta incómodo.

—¿Y sus hijos?

El tabernero se animó.

—Cortados de diferentes paños. Alasdair, bueno... un verdadero deportista. Viene por aquí a jugar a los dardos. —Meneó la cabeza—. Aunque algo perdedor; no tiene mano para ello. Todavía me debe cinco libras. —Chasqueó la lengua—. En cambio Hewitt... bueno, señor, en cuestión de negocios es muy hábil; y no viene mucho por aquí. Pero no se deje engañar por eso, tiene un ojo especial para las mujeres. ¡Alguien podría contarle muchas cosas acerca de Hewitt y las mujeres! Pero yo no soy chismoso, nunca lo fui. Como yo digo, vive y dejar vivir.

—Por cierto, ¿no vive por aquí un tal señor Pope? —preguntó entonces Pons.

El tabernero se desinfló de pronto.

—Por aquí no viene ninguno como él —dijo misteriosamente—. No habla con nadie. Algunos dicen que conocen el porqué.

—¿Y el señor David Wise?

—Sí... lo más parecido a un santo hoy día. —De pronto, dejó de hablar. Apoyó las manos en el mostrador, se inclinó hacia Pons y lo miró inquisitivamente con los ojos entornados—. Está usted investigando sobre los arqueros. ¡Claro! Yo lo conozco a usted, señor, que me cuelguen si no lo conozco. Nos hemos visto antes.

—No lo recuerdo —dijo Pons.

—Usted es Solar Pons, el detective —dijo, apartándose decididamente de nosotros.

A partir de aquel momento no diría nada más.

Al poco rato nos marchamos. Pons no estaba en absoluto disgustado por la negativa a hablar del tabernero.

—Aún nos queda una visita por hacer —dijo—. Echemos un vistazo a Trevor

Pope.

Siguiendo las señas facilitadas por nuestro cliente, descendimos por un sendero hasta una hondonada de Weald y avistamos una casa de estilo imitación Tudor, detrás de una pared baja con una parra. Por las apariencias, cualquiera hubiese dicho que estaba deshabitada.

Pons detuvo la tartana a la entrada, se bajó, y echó a andar hacia la puerta y una vez que estuvo delante de ésta golpeó con el llamador. Hubo una larga espera hasta que abrieron la puerta. Apareció un viejo criado.

—¿El señor Trevor Pope? —preguntó Pons.

—El señor Pope no desea ver a nadie —repuso el criado—. Se dispone a salir.

Pons regresó a la tartana, subió a ella y emprendió la marcha sendero arriba hasta la carretera, donde dio un giro y se internó en un bosquecillo; se apeó una vez más, haciéndome señas para que le siguiera, y ató nuestro caballo al tronco de un árbol pequeño. Rodeamos la parte posterior de la casa, ocultándonos detrás de cada árbol, y cuando apenas habíamos obtenido una buena vista de ella, salieron violentamente de la perrera sus mastines y en medio, corriendo a la par que ellos, un hombre de baja estatura, moreno, con jersey de cuello alto, pantalones muy ajustados y zapatillas de lona con suelas de caucho. Tomaron un sendero del bosque, que les llevaría alrededor de Lurgashall en dirección a Blackdown. Los perros apenas hacían ruido; lo único que se oía eran las pisadas de Pope, y todo lo que podía captar el ojo de la mente era la tensa y forzada expresión de su moreno rostro y los puños rígidos a los lados de su tórax.

—¿Qué locura lo impulsa a esto? —susurré cuando se perdieron de vista.

—¡Sí, es cierto! ¿No encontrará un ejercicio menos fuerte? Sin embargo, no se puede negar que es una demostración impresionante. ¡No me extraña que nuestro cliente se sobresaltase! —Pons sonrió—. Ya está anocheciendo. No creo que se aleje mucho. Vayamos a su encuentro.

El curso que había tomado Trevor Pope describía un arco que se alejaba de la casa; pronto perdimos de vista el sendero de Weald que él y sus perros habían seguido. Pons se detuvo de pronto al borde de un claro del bosque, donde el sendero descendía en dirección a Lurgashall. Al llegar allí, Pons se paró a mirar a su alrededor.

—Me parece que este sitio será tan bueno como cualquier otro —dijo Pons—. Esperemos aquí.

Ya se había puesto el sol y el resplandor crepuscular empezaba a desvanecerse. Al cabo de media hora nos llegó el sonido de sus pisadas.

—Ya llega —dijo Pons.

Casi instantáneamente, los mastines y su dueño surgieron de un bosquecillo de árboles jóvenes y arbustos que había al fondo de una pendiente.

—¡Señor Trevor Pope! —dijo Pons en voz alta, al tiempo que avanzaba hacia él.

Pope se detuvo y llamó a sus perros con un grito salvaje. Nos dirigió una mirada

feroz, alargó el brazo hacia Pons y exclamó:

—¡Quédese donde está! ¿Qué diablos quiere?

—Hacerle unas preguntas.

—No respondo a preguntas.

—¡Entonces responda a una, señor Pope! —La voz de Pons resonó en el claro del bosque.

—¿Quién es usted?

—Sólo un londinense curioso. Habrá oído mi nombre. Solar Pons.

Hasta nosotros llegó un grito sofocado de Pope. Luego:

—¡Conque le mandaron llamar!

—¡Una pregunta, señor Pope!

—¡Váyase al infierno!

—¿Podría facilitarme un itinerario de su excursión a pie en 1907 por las Tierras Altas de Escocia?

Hubo un momento de embarazoso silencio. Luego un feroz grito de rabia, una maldición, y las furiosas palabras de Pope:

—¡Lárguese, lárguese, antes de que le azuce los perros! ¡Y usted, Parker, entrometido y fisgón!

—Puede que aún no haya escuchado usted mi última palabra, señor Pope.

—¡Usted ya ha escuchado la mía!

Pons dio media vuelta y regresamos por la misma senda que habíamos venido. Detrás de nosotros no se produjo ningún movimiento inmediato. Cuando descendíamos por el sendero que nos conducía de vuelta a la casa y a donde nos esperaba la tartana, volví la cabeza por encima del hombro y vi a Pope plantado de pie entre sus mastines, estallando literalmente de rabia y odio.

Una vez de vuelta en la tartana no pude por menos de decir:

—Un hombre violento.

—Y que lo diga —convino Pons.

Viajamos en pensativo silencio hasta que, justamente antes de llegar a las columnas de piedra de la casa de nuestro cliente, Pons vio a alguien deslizándose tras los cedros que crecían junto a la carretera. Detuvo en seco la tartana, me arrojó las riendas y, saltando de ésta, se lanzó hacia el cedro. Oí que decía:

—Supongo que es usted el señor Pearson, ¿verdad?

—Ese es mi nombre —respondió bruscamente una voz.

—¿Qué juego se trae entre manos, Pearson?

—Tengo mis derechos. No estoy haciendo ningún daño. Esto es una carretera pública.

—Completamente de acuerdo. Hace dos meses fue usted a ver al señor Colvin.

—No, señor. Dos semanas es más correcto.

—Señor Pearson, ¿lleva un arma de fuego?

—¡No, y tampoco un arco y flecha!

Su deducción fue inconfundible. Repentinamente, Pons le dio las buenas noches y volvió a la tartana. No pronunció una sola palabra mientras regresábamos en medio de una oscuridad creciente.

Nuestro cliente nos estaba esperando en el vestíbulo. Fue demasiado correcto al inquirir qué había estado haciendo Pons, aunque debió de sacar sus propias conclusiones.

—Caballeros, ¿puedo prepararles algo para comer? —preguntó.

—Quizás un sándwich de carne fría y vino seco —dijo Pons—. Llévelo a nuestra habitación, ¿quiere? Ahora me gustaría hablar con su padre una vez más.

—Muy bien, señor Pons. Se encuentra en su estudio. Acabamos de volver de su habitual paseo. Esta noche me tocaba a mí protegerlo. —Suspiró—. Mi padre lo hace muy difícil; le irrita vernos detrás de él. Sólo durante el paseo, señor, por supuesto.

Colvin padre estaba sentado ante su colección de sellos. Su mirada era más calculadora que amistosa.

—Lamento molestarlo, señor Colvin. Pero ¿puedo ver su arco y flechas?

Colvin se inclinó hacia atrás, con una expresión de estupor en el rostro.

—¡Ah! —exclamó—. Ojalá supiera dónde están. Los guardé cuando murió Henry, y después los puse en no sé qué otro sitio. Que me cuelguen sí sé dónde. De eso hace veinte años. ¿Por qué quiere verlos?

—Se me antoja estudiar la clase de arma que mató a Pope y a Jefferds..., y que algún día puede matarlo a usted si no soy capaz de impedirlo.

—No tiene usted pelos en la lengua, señor —dijo Colvin, sonrojándose—. El arco no puedo enseñárselo, pero ahí arriba encontrará una de las flechas. —Se puso de pie y señaló la pared encima de la chimenea—. Se la alcanzaré.

—No es necesario, señor —dijo Pons—. Me valdré de este cojín para verla.

Estuvo un buen rato delante de la flecha, la cual me pareció descomunadamente larga, con una punta muy aguda.

—Observo que esta flecha es tremendamente letal, señor Colvin. ¿Es esto habitual?

—En absoluto, señor Pons. A un club normal de tiro con arco no se le ocurriría usar flechas puntiagudas. Eso era lo que singularizaba a los arqueros de Sussex. Las nuestras eran todas puntiagudas. Nos enorgullecíamos de ello... Hasta que murió Henry.

Pons se retiró del cojín, lo restituyó a su sitio y deseó buenas noches a nuestro anfitrión. Colvin hijo esperaba en el umbral de la puerta para guiarnos hasta nuestra habitación donde nos tenía preparada la frugal cena.

—¿Desea algo más, señor Pons? —preguntó desde la puerta.

—Una cosa. ¿Sale su padre de paseo todas las tardes?

—Al atardecer, regularmente, llueva o haga sol. Sólo una severa tormenta lo retiene en casa. Es vigoroso, señor Pons; muy vigoroso.

—¿Sigue usualmente la misma ruta?

—Sí, más o menos.

—¿Es muy conocida en la vecindad esta ruta?

—Yo diría que sí.

—¿Puede usted perder un rato mañana por la mañana para mostrarme por dónde ha paseado esta noche?

—Por supuesto. A mi oficina de Petworth le será fácil prescindir de mí.

—Gracias. Buenas noches, señor.

Pons cenó en contemplativo silencio y siguió sentado un rato acariciando su copa de Mosela. Luego se levantó y empezó a pasear de aquella forma que yo conocía tan bien: con la cabeza hundida en el pecho y las manos atrás. Hice todo lo posible por no interrumpir el hilo de sus pensamientos.

Al cabo de un par de horas de pasear se detuvo delante de mí.

—Y bien, Parker, ¿qué puede decir de todo esto?

—Poco más de lo que ya he dicho. Trevor Pope huye a través de la oscuridad igual que un hombre que intenta escapar de su culpa.

—¡En verdad que sí! —dijo Pons satisfecho—. No tengo dudas de que el señor Pope es el agente sobre el que giran todas las piezas del rompecabezas.

—Eso apunté yo antes de que abandonáramos Praed Street —no pude por menos de decir.

—Lo recuerdo —continuó—. ¿No le parece significativo que Pearson, que ha estado tratando de ver a Colvin, no haya sido capaz de conseguirlo aunque conoce sus costumbres y podía encontrarlo fuera de su casa en cuanto quisiera?

—Está claro que ese tipo se trae un juego entre manos con intención de asustar a su antiguo patrono.

—Eso no deja de ser un punto de vista. ¿No le sugiere nada que todos los antiguos arqueros de Sussex que hemos interrogado hoy han mantenido el mismo criterio que nuestro anfitrión? Ninguno pronunció una palabra en contra de otro, pese a que todos estaban convencidos de que la muerte de Henry Pope no fue un accidente.

—A pesar de la investigación que se hizo, el punto de vista de ellos parece el único sostenible.

—Por otra parte, reconozco que es una interesante coincidencia que Jefferds fuera asesinado al atardecer, precisamente a la hora en que Trevor Pope está por ahí con su jauría de mastines domesticados.

—¿Lo cree de otra manera? —grité—. ¡Ésa fue su hora para cometer el crimen! —continué—. Usted ha construido un caso perfecto acerca de Pearson.

—Ciertamente, o yo me equivoco mucho o Pearson está metido en el asunto..., digamos hasta las cejas, ¿no? Veamos —prosiguió, mirando su reloj—, ya son más de las once. Sin duda a estas horas el inspector Jamison estará en casa. Ahora bien, si logro llegar hasta el teléfono sin despertar a nadie, tendré con él una pequeña charla.

Dicho esto, salió sigilosamente de la habitación para poner una conferencia.

Cuando volvió, no me facilitó la menor información.

A la mañana siguiente Pons estuvo haraganeando deliberadamente por la casa hasta las diez que llegó la conferencia que había solicitado. Se puso al teléfono, escuchó sin decir más de diez palabras, dio las gracias al inspector Jamison y colgó. Nuestro cliente estuvo todo aquel tiempo por allí cerca, esperando sernos útil.

—Señor Colvin —dijo Pons—, ya estoy listo para recorrer el curso que sigue su padre en sus habituales paseos vespertinos.

—Vamos, señor —repuso nuestro cliente.

Salió de la casa delante de nosotros y nos introdujo en los bosques circundantes. Nuestro trayecto se desarrollaba por la cuesta de Blackdown en dirección de Weald, apartándose de Lurgashall. Pons se iba fijando en todo. De vez en cuando hacía comentarios acerca del paisaje, y en una ocasión preguntó si la casa de Trevor Pope estaba lejos de donde nos encontrábamos.

—Los dos senderos se cruzan en aquel bosquecillo que hay al frente —dijo Colvin—. Allí es donde vi a Pope con sus mastines.

Cruzamos el bosquecillo, que consistía en un castaño muy viejo, rodeado de unos cincuenta árboles jóvenes. Al poco rato de cruzarlo, Pons se excusó y volvió corriendo hasta él, rogándonos que lo esperásemos allí.

Cuando volvió a reunirse con nosotros le bailaban los ojos.

—Creo que ya hemos visto bastante, señor Colvin —dijo—. Necesitaba asegurarme de que había un punto de intersección entre el recorrido de su padre y el de Trevor Pope. Ello parece cumplir el propósito pretendido.

—Me alegra que así lo crea, señor Pons.

Pons miró su reloj.

—Y ahora, si quiere perdonarme —dijo—, parece que por el momento hemos hecho todo lo que podíamos hacer; y si quiere llevarnos en su coche a Petworth, conseguiremos alcanzar el tren de las 12.45 Para Londres. Le ruego que presente mis respetos a su padre y le diga que espero atrapar al asesino de Jefferds dentro de cuarenta y ocho horas.

—¡Entonces ha tendido una trampa a Pope! —exclamó nuestro cliente.

—Tendremos que coger al asesino en flagrante —respondió Pons—. Pope está desesperado. Anoche lo puse muy nervioso. Diga a su hermano que esta noche cuando siga a su padre extreme el cuidado.

Regresamos andando a la casa. Al cabo de unos minutos nos encontrábamos en el coche de nuestro cliente camino de la estación de Petworth. En cuanto desapareció el coche, Pons entró en acción.

—Bien —dijo—, facturemos nuestro equipaje y dediquemos algún tiempo a vagar por Petworth. Podríamos comer algo.

—¡Perderemos nuestro tren, Pons!

Me tranquilizó con una sonrisa.

—Parker, no vamos a tomar el tren. Esta noche tenemos una cita con el asesino.

Pienso acudir a ella.

Poco antes de que anoheciera nos dirigimos al bosquecillo donde el sendero de Joshua Colvin se cruzaba con el de Trevor Pope. Pons tenía a la vista un objetivo — un viejo castaño con un hueco lateral en lo alto de la cruz—, un árbol achaparrado que dominaba el lugar.

—Aquí es nuestra cita —dijo Pons—. Si no me equivoco, ésta es la noche de peligro para Joshua Colvin. Espero evitar su muerte y coger en la red a su posible asesino. Y ahora trepemos al árbol; bien arriba.

En breves momentos estábamos ocultos en lo alto del tronco del viejo castaño. Pons ocupó el sitio más alejado de la dirección por donde podía venir Pope.

—¡Los perros, Pons! —exclamé—. ¿Qué pasará con ellos? Son peligrosos.

—Si es preciso nos los veremos con ellos —respondió—. Bueno, el sol se está poniendo; es de esperar que Colvin inicie pronto su paseíto. Le costará media hora llegar hasta aquí.

—Y Pope también —susurré—. ¡Todo está calculado!

—¡Efectivamente! Ahora guardemos silencio a la espera de los acontecimientos. Vea lo que vea, Parker, ¡no haga ruido!

Se había puesto el sol y el cielo palidecía entre el canto vespertino de los pájaros. Los murciélagos empezaban a pasar revoloteando silenciosamente. Entonces, puntual, Joshua Colvin entró en el bosque, con su escopeta apoyada negligentemente en el pliegue de un brazo, y pasó por delante de nuestro árbol.

En cuanto se hubo alejado, surgió Alasdair Colvin paseando tranquilamente. El joven Colvin se fue derecho al castaño y dejó su escopeta apoyada en el tronco. Extrajo del bolsillo un par de guantes muy ceñidos y se los puso a toda prisa. ¡Entonces metió la mano en el hueco del tronco del árbol y sacó un arco y una flecha!

En aquel momento, Pons se descolgó sobre él. Yo, sobrecogido por un *shock* casi paralizante, acabé deslizándome tronco abajo y caí sobre Pons.

Alasdair Colvin luchaba como una fiera, con una fuerza sorprendente para un cuerpo tan frágil como el suyo, pero entre Pons y yo logramos reducirlo en el preciso momento que

Joshua Colvin volvía corriendo junto a nosotros atraído por el ruido de la pelea. Al ver el arco y la flecha en el suelo, comprendió en el acto el significado de la escena. Levantó su arma y disparó dos veces para pedir ayuda.

—¡Reptil! —gritó con voz hiriente—. ¡Reptil desagradecido! —Luego, desdeñando al joven caído en el suelo, se volvió hacia Pons—. Pero ¿por qué?

—Señor Colvin, Alasdair se encuentra fuertemente endeudado. También sospecho que Pearson lo está sometiendo a chantaje. Su hijo mató a Andrew Jefferds y planeaba matarlo a usted en un intento de resucitar un viejo crimen e imputárselo a un viejo asesino.

—¿Un viejo crimen?

—El asesinato de Henry Pope. Casi seguro que fue su hermano quien lo mató.

Sus senderos se cruzan aquí. Aunque esta noche, inexplicablemente, por pocos minutos, Pope no ha llegado a tiempo, lo cual habría servido para que, lamentablemente, Alasdair hubiera consumado su diabólico plan.

Hacia la dirección de la casa sonaron pisadas de gente que se aproximaba a la carrera.

En el tren de regreso a Londres, Pons respondió con voz firme a mis preguntas:

—Ya me pareció desde el principio que, sin ser imposible, resultaba altamente improbable que nadie quisiera vengar lo ocurrido hace exactamente veinte años —empezó diciendo—. Y, ciertamente, habría sido el mayor disparate anunciar un «castigo» contra quienes eran sospechosos de haber asesinado a Henry Pope, presentando a Trevor Pope como posible autor de los avisos, único hombre que, razonablemente, podía querer vengar la muerte de su hermano. Por consiguiente, parecía elemental que dichos avisos pretendieran explícitamente hacer aquello.

»Partiendo de esta conclusión, sólo me quedaba buscar un móvil. ¿Quién podía beneficiarse de la muerte de Joshua Colvin sino sus hijos? Hewitt Colvin difícilmente habría solicitado mi ayuda si estuviera implicado. Esto dejaba sólo a Alasdair. Pero ¿qué motivos podía tener éste? Resultó hartamente curioso que fuese el tabernero de Petworth quien me proporcionara un motivo al mencionar que Alasdair aún le debía la insignificante suma de cinco libras; un móvil que se vio reforzado cuando Jamison me informó esta mañana, en respuesta a mi demanda de datos, de que Alasdair tenía grandes deudas en la vecindad y en varios establecimientos de juego: cinco mil libras.

»El plan había sido concebido con asombrosa astucia. Fue una pena que tuviera que morir Jefferds; un sacrificio a la vanidad de Alasdair. Todos conocían los paseos que daba Joshua Colvin; y Alasdair estaba seguro de que Trevor Pope no sería capaz de proporcionarse una coartada a aquella hora. Es más, las flechas y el arco que Alasdair había cogido de donde las guardaba su padre y escondido en el hueco del castaño podían fácilmente considerarse como pertenecientes al difunto Henry Pope. Sólo Trevor conocía la inexistencia de motivos de venganza contra los arqueros de Sussex, toda vez que él, incuestionablemente, había matado a su hermano; sólo él tuvo motivos y oportunidad; aquella vaga excursión a pie por las Tierras Altas le permitió regresar sin ser visto, cometer el crimen (el programa de actividades de los arqueros se fijaba anualmente, según Joshua Colvin) y regresar a las Tierras Altas hasta ser localizado después de las planeadas dificultades.

»Por desgracia para Alasdair, se produjeron dos acontecimientos con los que él no contaba. Pearson se presentó ante él la noche del asesinato de Jefferds (que también aconteció a la hora en que Trevor Pope salía con sus mastines) y es muy probable que lo viese con el arco en la mano antes de que pudiera esconderlo. Aunque Pearson hubiera acudido originalmente para ver al padre, después acudió a ver a Alasdair con el fin de ejercer chantaje sobre él. Recordará usted la discrepancia existente entre la declaración de Alasdair asegurando que llevaba meses sin ver a Pearson, y la de Pearson (corroborada por Hewitt, diciendo que no le había visto últimamente)

aclarando que “dos semanas era más correcto”. De manera que Pearson sospechó, ¡y de ahí que estuviera metido en ello hasta las cejas!

»El otro acontecimiento, por supuesto, fue la aplicación de Hewitt en 7B. Un pequeño problema, Parker. Me da el corazón que mañana tendré que recorrer el itinerario de Trevor Pope por las Tierras Altas, por penoso que ello resulte en esta época.

Pero la solución al misterio secundario no la iba a dar Pons, porque los periódicos de la mañana publicaban el suicidio, por ahorcamiento, de Trevor Pope. Aunque éste no dejó ningún mensaje escrito, era evidente que en la presencia de Pons en la escena de su propio y miserable crimen vio la acción de la justicia, aunque tardía.



La casita de porcelana

(*The China Cottage*, 1965)

—Mi apreciado hermano —dijo Solar Pons mientras entraba en nuestros aposentos a desayunar una mañana de otoño— posee una mente bastante más perceptiva que la mía, pero tiene poca paciencia con el proceso de raciocinio. Si bien no hay nada que lo indique, seguro que ha sido él quien ha enviado este paquete de papeles por mensajero mucho antes de que te despertaras.

Había apartado los platos del desayuno, sin casi haber probado bocado de la comida preparada por la señora Johnson, y estaba estudiando varias páginas de un manuscrito, al lado del cual yacía una tarjeta con el nombre de Randolph Curwen, y en la que alguien había garabateado en tinta roja un imperativo interrogante.

Observando la dirección de mi mirada, Pons continuó con sus explicaciones:

—La tarjeta venía sujeta a los papeles con un clip. Curwen es, o quizá debería decir «era», un experto en relaciones extranjeras, además de ser un conocido asesor en criptología del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tenía sesenta y nueve años, estaba viudo, vivía solo en Cadogan Place, Belgravia, y era poco dado a las relaciones sociales desde la muerte de su esposa, hace ya nueve años. Sin hijos, tenía fama de poseer un considerable patrimonio.

—Entonces, ¿está muerto? —pregunté.

—No me sorprendería enterarme de que lo está —dijo Pons—. He hojeado los periódicos de la mañana, pero no se le menciona en ellos. Se ha hecho algún descubrimiento importante acerca de Curwen. Estos papeles son fotografías de cierta correspondencia confidencial entre miembros del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y ruso. A primera vista podrían parecer singularmente inofensivos, y seguramente se los enviaron a Curwen para ver si detectaba en ellos algún código secreto.

—Supuse —dijo una voz gélida desde el umbral de la puerta situada detrás de mí— que llegarías a la conclusión correcta en lo referente a este material. Vine en cuanto pude.

Bancroft Pons había entrado silenciosamente en la habitación, una gran hazaña en vista de su peso. Sus ojos avizores se mantenían fijos en Pons y su rostro severo e impasible aumentaba lo impresionante de su aspecto.

—¿Sir Randolph? —preguntó Pons.

—Sí, está muerto —contestó Bancroft—. Todavía no sabemos cómo ha sido.

—¿Los papeles?

—Tenemos motivos para creer que un *rapprochement* entre Alemania y Rusia es inminente. Naturalmente estamos ansiosos por saber qué se traen entre manos. Recurrimos a Curwen, uno de nuestros más hábiles criptólogos. Un mensajero le entregó los documentos ayer al mediodía.

—Debo suponer que se le entregaron los originales.

Bancroft asintió lacónicamente.

—A Curwen siempre le gustaba trabajar con los originales. Tú has tenido la oportunidad de examinarlos.

—No parecen estar codificados —dijo Pons—. Sólo parece una correspondencia amistosa entre ambos ministerios de asuntos exteriores, si bien queda bien claro que se contempla un incremento de las relaciones comerciales.

—Curwen debía telefonarme a primera hora de esta mañana. Cuando pasaron las siete y aún no había recibido su llamada, fui yo quien llamó. No obtuve respuesta, de modo que mandamos a Danvers. La casa y el estudio estaban cerrados con llave. Por supuesto Danvers llevaba las llaves maestras, lo cual le permitió franquear la entrada. Encontró a Curwen muerto en el sillón de su escritorio, con los documentos delante de él. Las ventanas estaban todas cerradas, salvo una que sólo tenía bajada la persiana. A Danvers le pareció detectar un olor a algún producto químico; eso podría indicar que alguien había fotografiado los papeles.

Pero tendrás ocasión de ver a Curwen. No hemos tocado nada. Tengo un coche esperando abajo, y Cadogan Place no está lejos.

La casa de Cadogan Place tenía un mobiliario austero. Estaba ahora fuertemente custodiada por la policía; un guardia permanecía en la entrada del edificio, mientras otro vigilaba la puerta de la casa, y uno más la puerta del estudio, situado en una esquina de la parte delantera de la vivienda. Un par de ventanas daban a la calle y otra lindaba con un muro de piedra y un terreno de setos que separaba el edificio de la propiedad contigua. La casa era de estilo georgiano, al igual que los muebles que contenía.

Cuando se abrió la puerta del estudio, aparecieron unas paredes cubiertas de estanterías, los estantes sólo interrumpidos por las ventanas y una chimenea. Las paredes enmarcaban lo que habíamos venido a ver: el gran escritorio en el centro de la sala, la lámpara todavía encendida, el cuerpo inerte de sir Randolph Curwen, derrumbado en el sillón, los brazos colgando hacia el suelo, la cabeza hacia atrás y el rostro retorcido en una expresión de agonía. De pie a su lado, también vigilante, se veía un hombre a quien Bancroft Pons presentó como Hilary Danvers.

—No se ha tocado nada, señor.

Bancroft asintió y con un ademán señaló el cuerpo.

—Sir Randolph, Parker. Todo tuyo.

De inmediato me dirigí a examinar el cuerpo. Sir Randolph había sido un hombre delgado y larguirucho. Un bigote gris decoraba su labio superior y un ralo cabello cano le cubría escasamente la cabeza. Unos quevedos con un cristal roto le colgaban de un cordón de seda negra alrededor del cuello. Parecía haber tenido una agonía con convulsiones, pero no había ninguna herida visible en su cuerpo.

—¿El corazón? —preguntó Pons.

Cuando negué con la cabeza, dejó que continuara el reconocimiento y se paseó

como un felino por la habitación. Examinó las ventanas, una tras otra, comprobó la persiana de la ventana semiabierta y se detuvo delante de la chimenea en cuclillas.

—Aquí se ha quemado algo —dijo—. ¿Parte del material original?

Bancroft contestó malhumorado:

—Un primer examen sugiere que alguien ha quemado papeles con cifras, como puedes ver. Recogeremos las cenizas y las estudiaremos, no temas.

Pons se puso de pie, se acercó al escritorio y lo escudriñó, sin tocar nada. Estaba casi totalmente cubierto por los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores, que se dividían en dos montones. Entre ambos había una hoja que, evidentemente, era la que estaba leyendo Curwen cuando cayó muerto. Junto a la hoja había un cuaderno sin notas. El perímetro del escritorio estaba cubierto por una variedad de objetos entre los que destacaban una pequeña casita de porcelana blanca decorada con rosas y, a su lado, una caja abierta que contenía pastillas de incienso. El sillón de Curwen se encontraba ligeramente apartado de la mesa y hacia un lado, como si estuviera intentando levantarse antes de que le alcanzara la muerte.

—¿Qué me dices, Parker? —preguntó Pons con impaciencia.

—Algún tipo de ataque —contesté—, pero me temo que sólo la autopsia podrá determinar con precisión las causas de la muerte. Si tuviera que adivinar, diría veneno.

Pons le lanzó una mirada a su hermano.

—Has mencionado un olor al entrar.

—Creemos que el olor emanaba del quemador de incienso —dijo el señor Danvers.

—Ah, esto —dijo Pons, tocando con la mano la casita de porcelana. Miró inquisitivamente a Danvers.

—Hemos buscado huellas dactilares, señor Pons. Sólo se han encontrado las de sir Randolph.

Pons levantó la casita donde, en una pequeña taza, se hallaban los restos de las pastillas quemadas. Incluyó la cara hacia la taza y olió. Levantó la vista con ojos entornados, cogió la base de la casita de porcelana y me la entregó.

—¿Qué clase de olor es éste, Parker?

Seguí su ejemplo y olisqueé.

—Almendras —dije—. Estas pastillas las fabrican con todo tipo de aromas.

Pons recompuso la casita de porcelana y cogió la caja de pastillas.

—Lilas —dijo secamente.

—La habitación estaba cerrada con llave, señor Pons —agregó Danvers—. Nadie pudo haber entrado, si lo que está insinuando es que alguien entró a envenenar a sir Randolph.

—Juego de niños —murmuró con impaciencia Bancroft—. ¿Qué encontró en los documentos que hizo que alguien quisiera matarlo? ¿O quemar lo que había descubierto?

—Estás irritable hoy —dijo Pons—. No hay nada aquí que demuestre que Curwen hubiera encontrado algo en los documentos.

—Al contrario, todo parece indicar que alguien consiguió entrar en esta habitación, mató a sir Randolph y quemó sus notas.

—¿Y por qué no llevárselas? Si era lo bastante listo como para entrar y salir de una habitación cerrada sin dejar pista alguna, es evidente que sabía que podría determinarse algo de las cenizas. Yo soy de la opinión de que fue sir Randolph quien quemó los documentos que hay en la chimenea. Arrancó las hojas usadas de su cuaderno y lo que había acumulado en la papelería debajo de la mesa, lo vació en la chimenea y prendió fuego al contenido. Hay una buena cantidad de cenizas. Entre ellas por lo menos una o dos páginas del *Times*, y no creo que ningún agente secreto tenga necesidad de quemar eso. Tú lo ves todo con los ojos del ministerio, intriga y espionaje.

—Así es —dijo Bancroft secamente.

Pons volvió a interesarse por la casita de porcelana.

—Si es posible, me gustaría llevármela a la calle Praed. —Cogió la caja de pastillas—. Y esto también.

Bancroft lo miró como si estuviera convencido de que Pons se había vuelto loco.

—Es porcelana blanca y translúcida —dijo Pons, con una pequeña sonrisa en los labios—. Originaria de Staffordshire, data, diría yo, de principios del siglo xix. Esta porcelana, aunque translúcida, tolera una sorprendente cantidad de calor.

—Te ruego que me ahorres este discurso —dijo gélidamente Bancroft—. Llévatela.

Pons le dio las gracias secamente, se metió la caja de pastillas en el bolsillo y me entregó la casita de porcelana.

—Manéjala con cuidado, Parker. La examinaremos con tranquilidad en el 7B. —Se volvió de nuevo hacia su hermanita—. Sir Randolph vivía solo. ¿No tenía servicio?

—Una tal señora Claudia Melton venía a limpiar dos veces por semana —contestó Bancroft—. Y durante el día había un mayordomo, Will Davinson. Preparaba las comidas de sir Randolph y contestaba las llamadas. Ha venido, en caso de que desees interrogarle. Si es así, hagámoslo cuanto antes.

Bancroft le hizo una señal al policía que estaba de pie en el umbral de la puerta, y éste nos condujo a la parte trasera de la casa. En un comedor-cocina esperaba un hombre de mediana edad que, en cuanto entramos, dio un taconazo y se cuadró.

—Señor Davinson —dijo el policía—, el señor Solar Pons desearía hacerle algunas preguntas.

—A sus órdenes, señor.

—Por favor, siéntese, señor Davinson.

El señor Davinson recuperó la silla y se sentó a la espera. Tenía una mirada alerta que daba una impresión de juventud que le negaba el resto del cuerpo.

—¿Fue el ordenanza de sir Randolph durante la guerra? —preguntó bruscamente Pons.

—Sí, señor.

—¿Conocía por tanto sus costumbres?

—Sí, señor.

—Por lo visto, era muy aficionado a quemar incienso.

—Ha quemado incienso desde que lo conozco.

—Habría tenido la oportunidad de comprobar cuántas pastillas quemaba al día.

—Señor, liberaba el aromático humo sólo cuando se retiraba a su estudio. Esto era normalmente por la noche. Rara vez quemaba más de tres en una noche, utilizando por lo general dos.

—¿Su aroma preferido?

—Lilas. Pero también tenía pastillas con olor a rosa, almendra, tomillo y, creo, lavanda. Siempre estaba bien abastecido.

Pons recorrió la habitación de punta a punta. Se quedó unos momentos en silencio, los ojos cerrados, estirándose la oreja con la mano derecha.

—¿Era sir Randolph un hombre solitario?

—Recibía poco.

—¿A quién vio en los últimos quince días?

Davinson se quedó pensativo un momento.

—A su sobrina, la señorita Emily Curwen. Había venido a Londres desde su residencia de Edimburgo y vino a visitarlo. Eso ocurrió hace poco más de dos semanas.

—No tiene importancia —dijo Pons—. Siga.

—El señor Leonard Loveson de Loveson y Fitch, en High Holborn. Por un asunto de negocios. Sir Randolph tenía una hipoteca sobre su local.

—¿Tenía otras hipotecas similares sir Randolph?

—Sir Randolph no me hacía grandes confidencias, señor, pero creo que sí.

—Continúe, señor Davinson.

—Después vino su sobrino segundo, Ronald Lindall, el hijo de la hermana de la señorita Emily, también de Edimburgo; estuvo en la casa hace seis días, una visita de cortesía, me pareció a mí.

—¿Alguna otra persona?

—Sí —contestó dubitativo Davinson—. Vino un abogado hace dos días, y la situación fue ligeramente tensa. Intercambiaron unas palabras, pero brevemente. Sir Randolph lo tranquilizó y se deshizo de él. Creo que el asunto estaba relacionado con otra de las hipotecas de sir Randolph.

—¿Era un hombre duro?

—No, señor. Al contrario. Más de una vez aplazó los intereses que se le debían, o incluso los canceló. Y en una ocasión perdonó una pequeña hipoteca. No, señor, era fácil entenderse con él. Y algunas personas se aprovechaban de su bondad.

Pons dio otra vuelta a la habitación.

—De todas estas personas, ¿quién lo visitaba con mayor frecuencia?

—El señor Loveson.

—¿No había visto nunca antes a la señorita Emily?

—No, señor. Sir Randolph me había hablado de ella, pero no había visitado nunca la casa estando yo aquí.

—¿Le abrió usted la puerta?

—Sí, señor. Sir Randolph nunca contestaba a la puerta. Si yo me había marchado ya, nunca abría a no ser que tuviera una cita.

—¿Querría recordar la visita de la señorita Emily? ¿Qué le pareció a usted?

—No le comprendo, señor Pons.

—¿Cómo estaba? ¿Triste, alegre o cómo?

—Parecía ligeramente alterada, si me permite decirlo. Pero eso fue cuando se marchó, señor Pons. Cuando llegó estaba muy serena.

—¿Ella y su tío se pelearon?

—No podría decirle —dijo Davinson de pronto remilgado.

—¿Y el señor Lindall?

—Era un joven algo truculento, pero se disculpó por importunar a sir Randolph. La visita fue agradable. Sir Randolph le enseñó la casa y el jardín, y a continuación se marchó.

—Volvamos al señor Loveson. ¿Sabe si la hipoteca es grande, suponiendo que no se haya cancelado?

—No lo sé, pero tuve la impresión de que era bastante grande. —Davinson tragó saliva y se aclaró la voz—. Le repito, señor Pons, que si bien sir Randolph no me explicaba sus asuntos, pude llegar a ciertas conclusiones en lo referente a sus negocios.

—Es lo menos que se puede esperar de un compañero de tantos años.

Davinson inclinó la cabeza ligeramente como si aceptara con modestia los halagos.

—Los caballeros del ministerio —dijo entonces Pons—. ¿Les abrió usted la puerta?

—No, señor. Llegaron después de que yo me hubiera marchado.

—Contestó usted el teléfono mientras estaba aquí. ¿Recuerda que se concertara alguna cita después de su horario laboral en las dos últimas semanas?

—El caballero extranjero, hace tres noches.

—¿Dio su nombre?

—No, señor. Preguntó por sir Randolph. Tenía acento alemán. Sir Randolph estaba en su estudio. Le pasé la llamada y sir Randolph contestó. Yo mantuve la comunicación el tiempo suficiente como para asegurarme de que así lo hacía.

—¿Escuchó la conversación?

—Señor, sólo el tiempo suficiente para saber qué sir Randolph estaba muy

sorprendido... Me dio la impresión de que agradablemente. Después, salió y me encargó que preparara unos bocadillos y que enfriara vino. Así fue como supe que esperaba a alguien aquella noche. Di por sentado que se trataba del caballero extranjero.

Pons asintió.

—¿Ha sido usted quien ha elegido no vivir en la casa, señor Davinson?

—No, señor. Así es como lo quería sir Randolph. Nunca quiso tener un ayuda de cámara, no le gustaba. Pero necesitaba que alguien se ocupara de los asuntos domésticos durante el día.

—¿Tiene sus propias llaves?

—Sí, señor Pons.

—¿Era sir Randolph un hombre reservado?

—Sólo en lo que se refería a su trabajo. Era un caballero que, debo decir, prefería estar solo que con cualquier otra persona. Me trataba muy bien. De hecho, si me permite decirlo, no me sorprendería aparecer mencionado en su testamento. En más de una ocasión me lo insinuó, y eso debería ser prueba suficiente de que no era un hombre excesivamente reservado.

—Gracias, señor Davinson. Puede que vuelva a llamarle.

—Haré lo que pueda para ayudarle, señor. Apreciaba mucho a sir Randolph. Éramos, si me permite decirlo, casi como medio hermanos.

—¿No te parece una forma extraña de decirlo? —preguntó Bancroft, cuando nos alejamos de la cocina—. Uno dice «éramos como hermanos». ¡Pero medio hermanos!

—Seguramente no para Davinson —contestó Pons—. Me imagino que es su forma de decir que eran como hermanos con una cierta diferencia en la escala social, estando sir Randolph unos peldaños más arriba.

Bancroft gruñó de forma explosiva.

—Acabas de desperdiciar media hora. ¿A qué conclusión has llegado?

—Me atrevería a decir que es un poco pronto para estar seguro de cualquier cosa. Sin embargo te puedo adelantar que a sir Randolph lo asesinó alguien del que no tenía motivos para temer. Parece haber sido un hombre cauteloso, no muy dado a descuidos en sus relaciones públicas.

—Debes de tener alguna ingeniosa teoría acerca de cómo se las arregló el asesino para entrar y salir de una habitación cerrada a cal y canto —dijo Bancroft irritado.

—Yo no iría tan lejos. Sir Randolph le dejó entrar, y sir Randolph lo acompañó a la puerta, cerrándola a su espalda. Hasta que no tengamos el informe de la autopsia no puedo precisar cómo murió sir Randolph.

—Estamos examinando de nuevo los papeles.

—Una pérdida de tiempo. La gente de tu ministerio tiene una forma muy convencional de pensar. Te adelanto que los documentos no tienen nada que ver con el asesinato.

Bancroft protestó:

—No me digas que crees que el hecho de que sir Randolph estuviera en posesión de estos documentos a la hora de su muerte es mera coincidencia.

—Es ciertamente una terrible coincidencia —dijo Pons—. Pero me veo obligado a pensar que así es.

—¿Algo más? —preguntó Bancroft.

—Si es posible, me gustaría que me mandaras cuanto antes una copia del testamento de sir Randolph a 7B.

—Así lo haré.

De regreso a nuestros aposentos, Pons se retiró con la casita de porcelana y la caja de pastillas a un rincón donde guardaba sus productos químicos, mientras yo me preparaba para salir a visitar a mis pacientes. Cuando abandoné 7B, lo dejé ocupado en triturar una de las pastillas aromáticas; al regresar dos horas más tarde, las había desmenuzado todas y estaba finalizando su examen, los ojos resplandecientes por el descubrimiento.

—Sir Randolph murió por su propia mano.

—¡Suicidio!

—No he dicho eso. No, una de las pastillas contenía cianuro. Se había preparado y colocado entre las pastillas de la caja que tenía sobre el escritorio, sin que él lo supiera. Dado que utilizaba no menos de dos pastillas al día y no más de tres, y la caja contiene normalmente dos docenas de pastillas, podemos asumir que la pastilla envenenada se colocó allí hace no más de doce días. Por las cenizas depositadas en la casita de porcelana es posible determinar que el cianuro estaba envuelto en una capa de cera inflamable, y todo esto recubierto de la fórmula habitual. Sir Randolph fue víctima de una trampa planeada por alguien que conocía sus hábitos y que tenía acceso a su estudio.

—A mí también me pareció que era veneno. ¿Cuál fue el móvil?

—Evidentemente no los documentos, como quedó claro en el momento en el que comprendí que el quemador de incienso era la fuente del fallecimiento de sir Randolph. El sutil olor a almendra, recordarás, resultó decisivo.

—¿Entonces la herencia?

—Veremos. Unos minutos antes de que regresaras, he recibido una copia del testamento de sir Randolph. Me disponía a leerlo.

Se dirigió a la mesa, cogió el sobre sellado que allí descansaba y lo abrió. Se quedó unos minutos de pie estudiando el escrito.

—Un documento admirablemente claro —murmuró—. A su fiel criado, Will Davinson, dos mil quinientas libras. A la señorita Emily, «que no carece de nada», la suma de quinientas libras. A la señora Claudia Melton, doscientas libras. La mayor parte de su fortuna distribuida en partes iguales entre cinco instituciones benéficas. ¡Y todas las hipotecas perdonadas!

—No es que quede muy claro el móvil —dije.

—Se han cometido asesinatos por tan sólo diez libras —repuso Pons—. Y menos.

Pero nunca con tanto cuidado y premeditación. Apuesto a que había en juego mucho más de doscientas o quinientas libras.

—Davinson tiene un móvil y la oportunidad de llevarlo a cabo.

—Difícilmente podría negarlo —observó Pons con una sonrisa torcida.

—Sabía que aparecía en el testamento. Nos lo dijo él mismo.

—Intenta aducir una sola razón en contra de que haya planeado la muerte de sir Randolph.

—Recuerdo que en ocasiones has dicho que cuando se han eliminado todas las soluciones imposibles, entonces lo que queda, por muy improbable que sea, debe ser la verdad. —Parker continuó—: Davinson nos mencionó un extranjero, un alemán que visitó a sir Randolph tan sólo unos días antes de su muerte.

—Sólo tenemos la palabra de Davinson —dijo Pons.

—Si no se trata de los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores, parece que el único móvil es la fortuna de sir Randolph —señalé, con cierta aspereza.

—Su fortuna parece estar bien repartida.

—¡Los que debían pagar la hipoteca! —exclamé.

—He pensado en ellos. Incluso antes de ver este documento, sugerí que se les investigara. Pero me atrevo a decir que descubriremos que sir Randolph no tenía muchas hipotecas impagadas, y que la suma total no es tan grande como en principio parecía creer Davinson.

—¿Y ese hombre, Loveson?

—No lo he olvidado. Probablemente comprobaremos que es él quien tiene la mayor hipoteca pendiente. Puede que además del móvil haya tenido la oportunidad. Las probabilidades, de nuevo, son remotas, ya que con toda seguridad se le ha ocurrido (si es que se le ha pasado por la cabeza la idea de asesinar a sir Randolph) que su móvil quedaría de inmediato en evidencia. Además, por las declaraciones de Davinson sabemos que sir Randolph era clemente con sus deudores, y esto queda claro por los términos en que está redactado su testamento, al perdonar las hipotecas. No, hay algo más aquí que todavía no adivinamos, algo que indujo al asesino a tomarse muchas molestias para preparar la mortal pastilla, ocultarla entre las que estaban sobre el escritorio durante su visita a sir Randolph (o entrar a escondidas en la casa, si es que así fue) y después asegurarse de estar bien lejos cuando su víctima por casualidad eligiera la pastilla. Todo se ha preparado con mucho cuidado; no ha sido un acto impulsivo. Por eso parece claro que los documentos no tienen nada que ver con el asunto, porque quien fuera que puso la pastilla en la caja lo hizo mucho antes de que sir Randolph supiera que iba a recibir los papeles. Por el mismo sistema deductivo, el visitante extranjero carecía de motivo... si es que se realizó dicha visita.

—¿Y si no hubo visita?

—Entonces, me temo que tendremos que interrogar duramente a Davinson. Pero existen pocos motivos para dudar de la declaración de Davinson. No es inverosímil que sir Randolph recibiera la visita de un extranjero. Y Davinson no me parece capaz

de llevar a cabo un plan tan elaborado.

—¿Quién entonces?

—Debemos tener en cuenta que Davinson no residía en la casa por la noche. Sir Randolph estaba solo. Podría haberle abierto la puerta a quien quisiera, a pesar de lo que piensa Davinson.

—Bueno, entonces nos queda el móvil.

—Así es. —Y diciendo esto Pons se hundió en un estado de reflexión del que sólo despertó para ingerir, con aire preocupado, el almuerzo que le envió la señora Johnson. Seguía sentado, fumando pipa tras pipa de su abominable tabaco, cuando por fin me retiré a mi habitación.

La mano de Pons sobre mi hombro me despertó cuando todavía estaba oscuro.

—¿Puedes tomarte el día libre, Parker? —preguntó, mientras me incorporaba—. Tenemos el tiempo justo para coger el tren de las cuatro de la madrugada que sale de King's Cross con destino a Edimburgo.

—¿Edimburgo? —pregunté, levantándome de la cama.

—Tengo un inquebrantable deseo de saber qué llevó a sir Randolph y a su sobrina a intercambiar unas palabras. Perderemos todo un día si salimos más tarde. El tren de las cuatro nos deja en Edimburgo a la una y media. Tendremos tiempo de sobra para interrogar a la señorita Emily Curwen, y tú tendrás muchas horas para dormir en el tren.

—¡La señorita Emily! —exclamé—. ¿Por quinientas libras? ¡Eso es absurdo!

—Improbable, quizá, pero de ninguna manera absurdo —respondió Pons—. Al fin y al cabo, el veneno es ante todo un arma de mujer, de modo que también es sospechosa.

Pons había llamado ya un taxi, que esperaba abajo. En cuanto me hube vestido y pedido a mi sustituto que visitara a mis pacientes durante los próximos dos días, partimos hacia la estación de King's Cross a la que llegamos justo a tiempo para coger el tren de Escocia.

Una vez acomodados en nuestro compartimiento y dirigiéndonos al norte, Pons volvió a sus meditaciones, y yo intenté reanudar el sueño que él había interrumpido.

Cuando desperté, bien entrada la mañana, Pons observaba el bello paisaje. Habíamos cruzado la frontera escocesa, y pronto aparecerían las familiares alturas de Arthur's Seat, el despeñadero de Salisbury, las colinas de Braid y la colina de Cortsorphine. Aquí y allá se veían pequeñas brumas, pero brillaba el sol, y el día prometía ser bueno.

La tranquila expresión del rostro de Pons no me transmitió nada.

—No hablabas en serio al insinuar que la señorita Curwen envenenó a su tío —dije.

—No estoy todavía en posición de hacer tal insinuación —contestó Pons, apartando la vista de la ventanilla—. Sin embargo, una curiosa cadena de acontecimientos se ofrece a nuestra consideración. No existe nada que demuestre que

la señorita Emily visitara a su tío antes de ese reciente encuentro. Entonces viene, se pelean y se marcha rápidamente, turbada. ¿No te sugiere algo esto?

—Está claro que se enfadaron.

—Pero ¿por qué? Dos personas que, por lo que sabemos, no se han visto desde hace muchos años, no pueden en tan poco tiempo tener mucho de qué enfadarse.

—A no ser que el asunto venga de lejos.

—¡Estupendo! Estupendo, Parker —dijo Pons con los ojos chispeantes—. Pero ¿qué antiguo desacuerdo podía existir entre tío y sobrina?

—¿Una desavenencia familiar?

—Siempre existe esa posibilidad —concedió Pons—. Sin embargo, la señorita Emily no habría venido, en ese caso, sin anunciarse y sin una invitación a hacerlo.

—Quizá, sin que lo supiera Davinson, la había invitado a venir —dije.

—Quizás. Aunque lo dudo. La señorita Emily cedió al impulso de enfrentarse a su tío para pedirle algún favor. La negativa de éste a concedérselo la irritó y se marchó.

—Esto difícilmente casa con la premeditación tan evidente en la cuidadosa preparación de una pastilla envenenada —señalé. Como de costumbre, resultó superfluo.

—De acuerdo, Parker. Pero no hay nada que impida tal premeditación en el caso de que su tío no le concediera el favor solicitado.

—¿Cuál podría ser el favor que, si él no se lo concedía, sólo podía recurrir al asesinato? —protesté—. Si se trataba de un viejo asunto, ¿por qué no podía seguir esperando? No, Pons, no se sostiene, no se sostiene en absoluto. Me temo que has permitido que tu desconfianza latente hacia el sexo opuesto oscurezca tu opinión de la señorita Emily Curwen.

Pons soltó una fuerte carcajada.

—¿Adónde nos dirigimos? ¿Lo sabes?

—La señorita Emily vive en casa de su padre en la calle Northumberland, en la Ciudad Nueva. Dediqué un tiempo ayer a comprobar éste y otros datos. Ella y su hermana eran los únicos hijos del hermano de sir Randolph, Andrew. Su hermana se casó con un hombre que dilapidó su considerable fortuna. Los dos Lindall mayores están ahora muertos. Los sobrevive un hijo, Ronald, que trabaja en una librería en la calle Torphichen. Pero ya estamos llegando a Edimburgo.

En menos de una hora nos encontrábamos en el pórtico de la casa de la calle Northumberland. Pons presionó el timbre tres veces antes de que se abriera la puerta, sólo un poco, y apareciera un rostro inquisitivo.

—¿La señorita Emily Curwen?

—¿Sí?

—El señor Solar Pons, de Londres, para servirla. El doctor Parker y yo hemos venido por el asunto de la muerte de su tío.

Se produjo un silencio cáustico. A continuación se abrió la puerta de par en par y

la señorita Curwen permaneció en el umbral inconfundiblemente aturdida y sorprendida.

—¿Muerto el tío Randolph? Lo vi hace menos de un mes. ¡La salud personificada! —exclamó—. Pero perdonen. Entren, caballeros.

La señorita Emily nos condujo al salón de la antigua casa, que con toda seguridad había sido en otro tiempo una residencia señorial. Era una mujer de unos cincuenta años, que conservaba una buena figura; se notaban los cuidados que había prodigado a su cabello castaño y al maquillaje intentando retener en todo lo posible su aspecto juvenil.

—Por favor, siéntense —dijo—. Háblenme de la muerte de mi tío. ¿Qué ocurrió? ¿Fue un accidente?

—Quizá, en cierto sentido, lo fue —dijo Pons—. Lo encontraron muerto en su estudio.

—¡Pobre tío! —exclamó con poco sentimiento.

Parecía incapaz de mirarnos directamente a los ojos ni a Pons ni a mí. Tenía las manos ocupadas jugueteando con el vestido, entrelazando los dedos o cubriéndose los labios.

—¿Quizás no sabía que le ha dejado quinientas libras?

—No, no lo sabía. —De pronto se le animó la mirada—. ¡Pobre, querido tío! No hacía falta que hiciera eso. Ahora que ha muerto, lo tendré todo. ¡Todo!

—Hace poco más de quince días visitó usted a su tío, señorita Curwen.

—Así es. —Hizo una mueca.

—¿Lo encontró bien de salud?

—Creo que ya se lo he dicho, señor.

—Usted abandonó la casa enfadada. ¿La trató mal?

—Señor, se trataba de un viejo asunto. Ya está resuelto.

—¿Le importaría hablarnos de ello?

—No es ningún secreto, se lo aseguro. Todo el mundo lo sabe aquí en Edimburgo. —Echó la cabeza hacia atrás y se encogió de hombros, compadeciéndose brevemente—. El tío Randolph era un hombre tan severo como mi padre. Mi hermana mayor, Cicely, no se casó adecuadamente según nuestro padre. Él le había dado toda su parte de la herencia, y cuando vio cómo la malgastaba Arthur, quiso asegurarse de que yo nunca pudiera hacer lo mismo. De modo que colocó mi herencia, cincuenta mil libras, en fideicomiso, y nombró al tío Randolph guardián de dicho fideicomiso. Sólo me daba una cantidad fija al año para mis gastos, una miseria. Pero el mundo ha cambiado, y todos saben que ya no es tan fácil vivir de rentas restringidas como lo era hace veinticinco años cuando murió mi padre. Pero se acabó. Ahora que ha muerto el tío Randolph, lo que es mío me llegará libre de cualquier control.

—Debe de haber recibido alguna ayuda, señorita Curwen —dijo Pons amablemente.

—Ah, sí. Mi querido sobrino. Es todo lo que tengo, caballeros. Ha cuidado de su

vieja tía como si fuera su propia madre. He estado muy sola aquí. ¿Qué podía hacer, qué compañía podía tener, con unos ingresos tan limitados? Ahora todo ha cambiado. Siento la muerte del tío Randolph, pero no siento que hayan desaparecido las restricciones sobre mi herencia.

Pons recorrió con la mirada la habitación que no parecía haber entrado todavía en el siglo xx.

—Un salón muy bonito, señorita Curwen —observó.

—Lo amuebló mi abuelo. Yo lo odio —dijo con sencillez—. No tardaré en vender la casa. Imaginen tener cincuenta mil libras que podría haber disfrutado cuando tenía veinte años. ¡Oh, señor Pons, no sabe lo cruel que ha sido! Mi padre pensaba que haría lo mismo que mi hermana, incluso después de haber visto lo que les había pasado a ellos.

—Veo que a usted también le gusta el incienso, señorita Curwen —dijo Pons, la mirada fija en un castillo de porcelana.

—Cualquier aroma sirve para disimular el moho y la humedad, caballeros.

—¿Puedo examinar ese quemador de incienso? —insistió Pons.

—Adelante.

Pons se acercó a la repisa de la chimenea, cogió el castillo de porcelana y volvió con él a su silla. Era un diseño elaborado en porcelana translúcida, en la que se veían tres torreones cubiertos de liquen y evidentemente tres quemadores. Estaba decorado con claveles, una parra de hojas verdes y campanillas. Las ventanas quedaban esbozadas en un color marrón claro.

—Esta marca de Colebrook Dale sitúa los orígenes del castillo en una época anterior a 1850 —dijo Pons.

La señorita Curwen arqueó las cejas.

—¿Es usted coleccionista, señor?

—Sólo de las rarezas de la vida —dijo Pons—. Pero también me interesan algunas antigüedades. —Levantó la vista—. ¿Y qué aroma prefiere, señorita Curwen?

—Rosas.

—Uno podría haber adivinado que elegiría una fragancia tan complementaria, señorita Curwen.

La señorita Curwen se sonrojó tímidamente mientras Pons se levantaba a devolver el castillo a la repisa, se quedó unos instantes con la caja abierta de pastillas en la mano, inhalando profundamente el aroma que emanaba de allí. Pareció tener alguna dificultad a la hora de cerrar la caja antes de regresar al lugar en el que había estado sentado. No volvió a ocupar la silla.

—Me temo que ya la hemos molestado bastante, señorita Curwen —dijo Pons.

La señorita Emily se puso de pie.

—Me imagino, caballeros, que se ocuparán de todos los asuntos legales que puedan surgir.

—Supongo que eso lo harán los abogados de sir Randolph a su debido tiempo,

señorita Curwen —dijo Pons.

—¡Oh! Pensé...

—Siento haberla confundido. Yo soy un investigador privado, señorita Curwen. Existen algunas dudas sobre la forma en que su tío encontró la muerte; yo estoy encargado de responder a las preguntas.

Se quedó visiblemente perpleja.

—Bueno, no puedo aclararles nada acerca de eso. Diría que gozaba de lo que parecía una salud perfecta la última vez que lo vi.

No parecía sospechar lo más mínimo de las intenciones de Pons, y nos acompañó a la puerta, donde nos despidió. Desde el pórtico oímos cómo volvía a colocar la cadena.

—Tengo que felicitarte, Pons —dijo—. Realmente tiene un buen móvil.

—¡Pobre mujer! Me apuesto algo a que está bailando por la casa a modo de celebración —dijo mientras volvíamos a la calle—. Existen algunas personas patéticas en el mundo para quienes la posesión de dinero lo es todo. Saben poco de la vida y nada de cómo vivirla. Debo suponer que Andrew Curwen era uno de ellos; y me temo que la señorita Emily sea otra. Se puede vivir bien con las rentas de cincuenta mil libras si uno quiere, pero la señorita Emily ha preferido quejarse y compadecerse de sí misma, una mujer solitaria y desengañada. Lamentaré aumentar su soledad, aunque quizá le consuele la riqueza. Pero vamos, Parker, no tenemos tiempo que perder. Debemos ir a la policía. Con un poco de suerte, podremos coger un tren nocturno de regreso a Londres.

El inspector Brian McGavick se unió a nosotros cuando Pons le explicó la situación. Iba vestido de paisano, y parecía mucho más un actor que un miembro de la policía.

—Me han hablado de usted, señor Pons —dijo McGavick—. Esta mañana, siguiendo instrucciones del Ministerio de Asuntos Exteriores. Estoy a su disposición.

—Inspector, usted es quien manda aquí. Yo no tengo autoridad. Espero que tome todas las medidas que requieran los acontecimientos de las próximas horas. —Describió brevemente las circunstancias que rodeaban el asesinato de sir Randolph Curwen. Cuando finalizó habíamos llegado a la calle Torphichen.

—Aparquemos aquí —dijo Pons— y vayamos andando el resto del camino.

Nos bajamos del coche patrulla y paseamos tranquilamente por la calle hasta el establecimiento que llevaba el nombre de librería Laidlaw. Allí entramos.

Un hombre pequeño pero corpulento vestido formalmente, a excepción de su chaleco a cuadros, se acercó apresuradamente a atendernos.

—Sólo estaba mirando —dijo Pons.

El pequeño hombre inclinó la cabeza y regresó a ocupar de nuevo su lugar sobre un alto taburete ante un escritorio antiguo en un rincón de la tienda. Los tres empezamos a hojear libros de los estantes, imitando a Pons. Éste pronto se decidió por una pequeña estantería que contenía novelas de sir Walter Scott y Dickens,

estudiando un volumen tras otro con aquel irritante aire de disponer de toda la tarde para hacerlo.

Al cabo de un cuarto de hora, se abrió la puerta de la librería dando paso a un apuesto joven que se dirigió directamente a la parte trasera de la tienda, se quitó el sombrero y el abrigo, y animadamente vino a atendernos. Como Pons era quien estaba más cerca, se dirigió a él e inició una conversación que no pude oír hasta no acercarme más.

—Hay mérito en ambos —decía Pons—. Scott por su inigualable reconstrucción del pasado de Escocia, Dickens por su amplia gama de personajes, si bien algunos de ellos pueden parecer caricaturas. Tengo pensado designar estantes especiales para cada uno de ellos cuando abra mi propio local.

—¿Es usted librero, señor? ¿Dónde?

—En Londres. Sólo me falta un socio.

—Me gustaría estar en Londres. ¿Qué necesita exactamente?

—Necesito un joven, conocedor de libros y autores, capaz de invertir un poco de capital en el negocio. ¿Le interesa?

—Puede que sí.

Pons tendió la mano.

—Me llamo Holmes —dijo.

—Lindall —dijo el joven, saludándolo.

—¿Tiene capital? —preguntó Pons.

—Espero tenerlo pronto.

—¿Cuándo?

—En los próximos meses.

—¡Tiempo suficiente! Dígame, señor Lindall, ya que necesito otro pequeño favor, ¿sabe algo de química?

—No, señor.

—Lo preguntaba porque he visto una droguería aquí al lado. Quizá tenga un amigo allí que pueda prepararme una fórmula especial.

—Pues da la casualidad de que sí tengo un amigo. Un joven de nombre Ardley. Pregunte por él y dígame que lo mando yo.

—Gracias, gracias. Se lo agradezco. En asuntos tan delicados como éstos, nunca se peca por demasiado cuidado.

Estas palabras aumentaron el interés de Lindall, que se pasó la punta de la lengua por los labios y preguntó:

—¿Qué tipo de fórmula quiere que le preparen, señor?

Pons hundió la mano en el bolsillo del abrigo, la sacó y desdobló los dedos.

—Necesito una pequeña pastilla como ésta, que contenga cianuro para deshacerme de hombres viejos y señoras de mediana edad.

La reacción de Lindall fue extraordinaria. Levantó los brazos como si quisiera empujar a Pons, se tambaleó hacia atrás y derrumbó un estante lleno de libros.

Lindall y los libros cayeron al suelo con gran estruendo.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —exclamó el propietario, abandonando su taburete.

—Inspector McGavick, detenga a este hombre por el asesinato de sir Randolph Curwen, y por el planeado asesinato de su tía, la señorita Emily Curwen —dijo Pons.

McGavick ya había rodeado a Lindall y estaba ayudándolo a ponerse de pie.

—Necesitaré esta pastilla envenenada, inspector. La encontré en una caja de pastillas con aroma a rosas en la casa de la señorita Emily. Creo que no le resultará difícil demostrar que ésta y la que mató a sir Randolph se fabricaron según las órdenes de Lindall. —Dirigiéndose a Lindall, Pons añadió—: Es una lástima que no me preguntara mi nombre de pila, señor Lindall. Sherlock. Un nombre que asumo en aquellas ocasiones especiales en las que me siento poco modesto.

En nuestro compartimiento del expreso de las diez y cuarto a Londres, Pons contestó todas las preguntas que le formulé.

—Era un asunto elemental, Parker —dijo—, que se complicó con la coincidencia de que Randolph estuviera en posesión de los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores. La trampa mortal se había preparado mucho antes de que nadie supiera que iba a ver los documentos en cuestión. Una vez eliminado ese móvil, fue necesario encontrar otro. Nadie parecía odiar a Randolph, y no existían móviles en sus disposiciones testamentarias.

»Nos quedaba, entonces, la curiosa visita de la señorita Emily que acabó en pelea. Vino a Londres a rogarle a su tío que pusiera fin al fideicomiso. Regresó a casa y se quejó, a su sobrino (su “querido chico” que es “todo” lo que tiene), su heredero, como podrá verse al examinar el testamento. Al cabo de quince días el sobrino, familiarizado con las costumbres de sir Randolph gracias a las confidencias de la señorita Emily, le hizo una visita, consiguió colocar una pastilla envenenada en la caja y se marchó a esperar. Hizo que le prepararan otra para su tía, que colocó también en la caja de pastillas de ésta. Hubiera sido mejor que esperara, pero estaba seguro de que la policía consideraría la muerte de sir Randolph un ataque de algún tipo. Infravaloró a la policía, me temo, y la avaricia le perdió. “El amor por el dinero”, Parker, “es realmente la raíz de todos los males”.



La caja de taracea

(*The Adventure of the Intarsia Box*, 1964)

Solar Pons y yo estábamos desayunando una hermosa mañana sólo una semana después de nuestro regreso del país y del curioso asunto de los Caballeros Susurrantes, cuando la puerta de abajo se abrió violentamente y se oyó un ruido de pasos en la escalera, que se detuvo cerca de nuestra entrada. Pons levantó la vista, con sus ojos grises atentos y su delgada figura en tensa espera.

—Una joven, muy inquieta —dijo, moviendo la cabeza y dando un vistazo al reloj—. Apenas son las siete. Debe ser un asunto de cierta urgencia para ella. Sólo ahora se ha dado cuenta de la hora que es. Duda. No, viene.

Ahora el sonido de pasos apenas era audible, pero subían las escaleras. Al cabo de un momento se oyeron unos golpes débiles y tímidos en la puerta de nuestra vivienda, así como una voz igualmente tímida que preguntaba al otro lado de la puerta.

—¿El señor Pons? ¿El señor Solar Pons?

Me levanté de un salto y abrí la puerta.

Una joven pelirroja, que no sobrepasaba en mucho la mitad de la veintena, estaba allí de pie, con un paquete envuelto en un chal apretado contra su pecho. Nos miró a ambos con sus ojos azules y cándidos, mientras su labio inferior temblaba indecisamente y un ligero rubor le invadía las mejillas hacia las pecas dispersas que salvaban su nariz y se extendían bajo sus ojos. Después, con aquella intuición infalible que parecen tener especialmente las mujeres, se fijó en Pons.

—¡Señor Pons! Espero que no les moleste. Tenía que venir. Tenía que hacer algo. Mi tío no haría nada, sólo esperar que sucediera cualquier cosa. ¡Oh, es terrible, señor Pons, terrible!

—Entre, señorita...

—Soy Flora Morland, de Morland Park, señor Pons. Debe haber oído hablar de mi tío, el coronel Burton Morland.

—Ministro residente de Malaca, retirado —dijo rápidamente Pons—. Pero tranquilícese, señorita Morland. Deje que tome esa caja que sostiene.

—¡No, no! —gritó, apretándola momentáneamente más cerca de su cuerpo. Luego se mordió el labio y sonrió ligeramente—. Para eso es para lo que he venido. Perdóneme, señor Pons. Lo verá por sí mismo... ahora.

Quitó el chal y descubrió una caja, apenas del tamaño de una caja de cigarros, hecha de madera de kamuning. Estaba bellamente grabada por arriba y por todos los lados con figuras curiosas, como un bajorrelieve. Su diseño parecía claramente oriental.

—¡Ábrala, señor Pons! —se estremeció un poco—. ¡No sé cómo la he podido traer de esta manera! ¡No puedo volver a mirar!

Pons tomó gentilmente la caja. Apartó los platos del desayuno a un lado y dejó la

caja sobre la mesa. Permaneció un momento admirando su grabado mientras la señorita Morland esperaba con una aprensiva tirantez que casi se podía palpar. A continuación la abrió.

Temí dar un grito. No sé qué esperaba ver, acaso una valiosa joya o un tesoro de bibliófilo, algo adecuado a la exquisita caja que lo contenía. ¡Ciertamente no era nada que pudiera haber soñado en mis más descabelladas imaginaciones! En la caja descansaba una mano humana momificada, cortada por la muñeca y fijada al fondo de la caja mediante dos tiras de seda blanca.

La emoción de Pons sólo apareció en sus ojos, que se iluminaron con un vivo interés. Tocó la piel seca con los dedos de una mano mientras con la otra acariciaba la caja grabada.

—Taracea —murmuró Pons—. Un arte italiano, señorita Morland. Pero esta caja parece tener un origen oriental; los temas que la adornan son todos orientales. ¿Le importaría decirme ahora cómo la consiguió?

Cerró la caja casi con pesar y, como la señorita Morland se había sentado cerca de la chimenea, fue a situarse junto a la repisa mientras llenaba su pipa con la detestable picadura que fumaba.

La señorita Morland juntó las manos.

—Casi no sé cómo empezar, señor Pons —dijo.

—Empecemos con este objeto fascinante que nos ha traído —sugirió Pons.

—Se lo mandaron a mi tío hace tres días, señor Pons. Yo misma la recibí del cartero. Venía como correo de primera clase desde Kuala Lumpur. Aquella mañana mi tío estaba en el estudio, y yo se la llevé. Recuerdo que cuando vio el paquete su cara se oscureció, pero supuse que sólo se debía al preguntarse quién se la podría haber enviado. Abandonó Malaya hace diez años.

Buscó alguna pista para determinar su origen; el paquete no llevaba remitente. Empezó a quitar su envoltura. Yo me había alejado de él para devolver algunos libros a las estanterías cuando de repente le oí que profería un grito explosivo y en el mismo instante resbaló de la silla y cayó al suelo. Se había desmayado. Corrí hacia él, naturalmente, señor Pons, y así es como pude ver lo que había en la caja. También había una pequeña tarjeta, creo que de papel de lino. Señor Pons, imagino que estos detalles son importantes para usted. En ella estaba escrita con letra fluida la frase: Vendré a buscarle.

—La tarjeta no está ahora en la caja —dijo Pons.

—Supongo que mi tío la habrá quitado. Cerré la caja, señor Pons. No podía soportar la visión de lo que había en ella. Después hice volver en sí a mi tío. Esperaba que me dijera qué había en la caja y qué significaba, pero no dijo nada, ni una palabra. Al ver que la caja estaba cerrada supuso que la había cerrado él antes de desmayarse y que yo no sabía lo que había en ella.

Señor Pons, lo que había en la caja me conmovió profundamente, pero todavía me perturbó incluso más que mi tío no me dijera nada en absoluto. Además, desde el día

que la recibió, ha estado muy ocupado, y todo lo que ha hecho ha sido en el sentido de poner sus asuntos en orden.

—¿Avisó su tío a la policía?

—Sí lo hizo, no sé nada de ello, señor Pons.

Pons chupó pensativamente su pipa durante un momento antes de preguntar:

—Supongo que usted es huérfana y ha estado viviendo con su tío. ¿Durante cuánto tiempo?

—Diez años —contestó—. Mi madre murió cuando yo era muy joven, y mi padre cinco años después de que tío Burton regresara de Malaya. Ha sido muy amable conmigo. Me ha tratado como si fuera su propia hija.

—¿No está casado su tío?

—Tío Burton estuvo casado en un tiempo. Creo que sobre el matrimonio había alguna nube. Mi padre hablaba ocasionalmente de mi tía en términos despreciativos, la llamaba “la mujer euroasiática”. Mi primo Nicholas, que pasó los últimos cinco años de ocupación de tío Burton en Malaca con él, también se casó con una mujer euroasiática. Mi tía murió antes de que mi tío regresara a Inglaterra.

—¿Y su primo?

—Regresó con tío Burton. Es abogado con despacho en la City. Su esposa es la propietaria de un pequeño, pero creo que próspero, negocio de importación en el Strand.

—Su primo Nicholas Morland, ¿verdad?

—Eran tres hermanos, señor Pons; mi padre, el padre de Nick y tío Burton.

—Su primo, supongo, era el asistente de su tío en Malaca.

—Sí, señor Pons.

—¿Qué edad tiene su tío, señorita Morland?

—Setenta años.

—De manera que cuando se retiró tenía cincuenta y cinco —dijo distraídamente Pons—. ¿Cuánto tiempo había residido en Malaca?

—Quince años. Llegó allí cuando tenía cuarenta. En realidad, señor Pons, no le conocí hasta su regreso. Yo no había nacido cuando partió. Pero tío Burton pareció tomarme mucho cariño desde que me vio, y parecía natural que cuando murió Padre me invitara a vivir con él. Tío Burton es muy rico, tiene muchos criados y, aunque muchos de ellos le consideran muy rígido, la mayor parte de ellos se quedan. Y posee una casa grande y apartada en Chipping Barnet.

Vivir con él parecía la cosa más natural que podía hacer. Me envió a la escuela y a un pequeño colegio privado. Por mi parte, se esperaba que hiciera de anfitriona cuando celebrara una de sus pequeñas fiestas, a las que asistían sobre todo mi primo y su mujer y algunos otros ex colonos con sus esposas. Ahora casi me gusta, aunque al principio no. Pero mi tío es un alma muy recta. No toleraba ninguna desviación de la conducta adecuada, de modo que nunca tengo que tratar con ningún problema social.

—¿Quiénes son los herederos de su tío?

Nuestra cliente pareció momentáneamente asombrada.

—Bueno, supongo que Nick y yo somos sus únicos herederos —dijo ella—. No sé nada de sus asuntos, señor Pons. Pero no hay nadie más. Todos nuestros parientes de la generación de mi tío están muertos, y Nick y yo somos los únicos de nuestra generación. Nick no tiene hijos, de manera que tampoco hay ninguna generación venidera —respiró profundamente y preguntó sin pensar—: Señor Pons, ¿puede llegar hasta el fondo de este misterio? Me trastorna mucho ver a tío Burton... bueno, preparándose para morir. Esto es lo que está haciendo, señor Pons, es realmente...

—¿Sabe su tío que ha venido usted aquí, señorita Morland?

—No. Salí de madrugada. Él se levanta pocas veces antes de las ocho.

—¿No ha desayunado entonces, señorita Morland?

—No, señor Pons.

—¡Permítame! —Pons avanzó a grandes pasos hacia la puerta, la abrió, sacó la cabeza fuera y llamó—. ¡Señora Johnson, por favor! —regresó hacia su cliente—. Le ruego que me dé unos minutos para sopesar su problema, señorita Morland. Mientras tanto, la señora Johnson se alegrará de prepararle el desayuno en sus habitaciones, ¿verdad, señora Johnson? —pidió a nuestra sufrida patrona, cuando apareció en la puerta.

—Claro, señor Pons. ¿Quiere venir conmigo, señorita?

La señorita Morland, demasiado sorprendida para protestar, dejó que la señora Johnson la guiara desde la habitación.

Apenas se había cerrado la puerta detrás de ellas antes de que Pons se acercara de nuevo a la caja y la abriera. Yo me puse a su lado.

—¿No es verdaderamente una advertencia única, Parker? —preguntó.

—Pocas veces he visto algo tan horripilante.

—Esta es su intención. Me permito decir que esta mano cortada debe tener un profundo significado para el tío de nuestra cliente. ¿Qué piensa de esto?

Me incliné y la miré de cerca, examinándola todo lo bien que pude sin tocarla ni quitarla de la caja.

—La mano derecha de un hombre —dije—. Probablemente de unos cuarenta años, no mucho mayor, ciertamente. Es de piel morena, y no se debe sólo a la edad. ¿Euroasiático?

—Nativo. ¡Mire qué bien conservados están los dedos! Este hombre trabajó poco. No hay callosidades visibles. La mano es suave incluso hasta la punta de los dedos. ¿Cuánto tiempo diría que hace que ha sido cortada esa mano?

—Sin aparatos científicos, pensaría que es imposible de decir.

—¿Podría ser tan antigua, digamos, como la estancia del coronel Morland en Malaca?

—Así lo creería. ¿Pero qué significará para Morland?

—Ah, Parker, cuando podamos contestar esta pregunta sabremos por qué se la enviaron —sonrió inexorable—. Imagino que se refiere a algún episodio oscuro de su

pasado. Se retiró a los cincuenta y cinco. ¿No es muy pronto?

—Quizá su salud pedía el retiro.

—O su conducta.

—La señorita Morland habla de él como un modelo de rectitud.

—Y como una persona muy rígida. La conducta en busca de la rectitud puede ser tan censurable como su opuesta —tocó las tiras de seda—. ¿Qué piensa de ellas, Parker?

—Si puedo aventurar una suposición, en Oriente el blanco es el color del luto —dije.

—Las tiras son nuevas —observó Pons.

—Esto es verdaderamente elemental —no pude evitar de decir—. Puedo pensar en varias razones para ello. Lo que me deja perplejo más que nada es la razón de ser de la mano.

—Imagino que su propietario la conservó mientras vivía.

—Bueno, esto es razonable —asentí—. Ha sido momificada correctamente. ¿Hemos de suponer que el propietario no está todavía vivo?

—Si estuviera suficientemente unido a este apéndice mientras él vivía, ¿lo habría mandado por correo tan pronto?

—Es difícil.

—A no ser que tuviera que enviar un mensaje o realizar una misión.

—¡Es absurdo!

—Pero a pesar de eso envió un mensaje al coronel Morland. Puede ser horripilante, pero seguramente no tanto como para provocar que un hombre normal y saludable se desvanezca ante su visión. Me recuerda a aquella pequeña brujería conocida como “mano de la gloria”, la mano embrujada y animada de un hombre muerto enviada para llevar a cabo los deseos de su propietario, incluido el asesinato.

—¡Pura superstición!

—El coronel Morland, al menos, está convencido de que su vida está en peligro y de que la amenaza proviene de Malaya. Miremos al menos el registro de buques antes de que regrese nuestra cliente, para determinar el número de barcos que han llegado de Malaya durante los últimos días.

Antes de que nuestra cliente regresara de las habitaciones de la señora Johnson, tuvimos tiempo de examinar hasta cinco días atrás; durante esos días no había fondeado en los puertos ingleses ningún barco procedente de Malaya, aunque estaba previsto que el mercante Alor Star lo hiciera en veinticuatro horas. Al entrar la señorita Morland, Pons apartó los papeles.

—Muchas gracias, señora Johnson —dijo Pons mientras nuestra patrona daba la vuelta junto a la puerta—. Y ahora, señorita Morland, se me ocurren dos o tres preguntas. Le ruego que se siente.

Nuestra cliente, ahora algo más sosegada y menos indecisa en sus maneras, se sentó en el mismo sitio de antes y esperó a ver qué decía.

—Señorita Morland, cuando su tío volvió en sí, ¿dijo o hizo algo significativo? —preguntó Pons.

—No dijo ni una palabra —contestó ella—. Estaba muy pálido. Buscó la caja y pareció aliviado al encontrarla cerrada. La tomó inmediatamente. Le pregunté, «¿Estás bien, tío?», y contestó, «Sólo un poquito mareado. Puedes irte». Le dejé, pero, naturalmente, miré para estar segura de que estaba bien. Corrió directamente a su dormitorio con esta caja. La escondió allí, pues cuando al cabo de unos momentos volvió a salir, ya no la llevaba. Después se encerró en su estudio y al cabo de dos horas llegó su abogado. Debía haber enviado a alguien a buscarle, porque de otra forma el señor Harris no hubiera venido llamando a aquella hora.

—Es evidente que usted encontró la caja de taracea, señorita Morland.

—En su habitación mi tío sólo tiene un armario, un escritorio y un viejo arcón marino del que se había encaprichado y que le había acompañado en sus viajes. De joven sirvió algún tiempo en la Marina Real antes de entrar en el servicio extranjero. En aquella época compró el arcón. Sabía que la caja tenía que estar en uno de estos tres sitios, y la encontré cuidadosamente tapada en el arcón mientras mi tío estaba encerrado con el señor Harris. Anoche, sobre las once, después de que se fuera a la cama, me deslicé en su habitación y tomé la caja para poder estar preparada para venir a verle sin correr el riesgo de despertarle esta mañana al tomarla.

—¿Mencionó su tío la caja a alguien?

—No lo sé, señor Pons. Pero pensaría que si le hubiera hablado de ella al señor Harris, se la habría enseñado. Pero tío Burton no abandonó el estudio mientras el señor Harris estuvo en casa. De manera que no puede haberlo hecho.

—Ya veo. Entonces, señorita Morland, creo que nuestro único recurso es preguntar a su tío las cuestiones que usted no puede responder.

Las manos de nuestra cliente corrieron a sus labios; en sus ojos apareció una expresión de consternación.

—Oh, señor Pons —exclamó—, tengo miedo de lo que pueda decir tío Burton.

—Señorita Morland, creo que la vida de su tío corre peligro. Él comparte evidentemente esta creencia. Lo único que puede hacer es rechazarnos, y está claro que, ante su intento de serle útil, no se ofenderá.

Su mano cayó de nuevo a su regazo.

—Bueno, eso es verdad —decidió.

Pons miró el reloj.

—Ahora son las nueve. Podemos tomar el metro en Baker Street y estar en Watford Junction dentro de una hora. Dejemos la caja, si le parece bien.

Nuestra cliente permaneció sentada durante un momento, sin decidirse. A continuación, apretando fuertemente sus labios, se levantó.

—Muy bien, señor Pons. ¡Mi tío no puede hacer nada peor que enfurecerse conmigo!

Mientras nos acercábamos a la casa del coronel Morland en el taxi que habíamos

tomado en Watford Junction, el rostro de Pons se fue poniendo serio.

—Temo que llegamos demasiado tarde, señorita Morland —dijo al poco rato.

—¡Oh, señor Pons! ¿Por qué dice usted esto? —exclamó nuestra cliente.

Nos han pasado no menos de cuatro vehículos de la policía, dos de regreso y dos en nuestra dirección —contestó—. Me sorprendería mucho no encontrar la policía en Morland Park.

La señorita Morland apretó un pañuelo contra sus labios.

Pons no se había equivocado. Dos coches de policía estaban frente al alto seto que separaba al jardín que nuestra cliente indicó como la casa de su tío, y un policía hacía guardia en la puerta que había junto al seto.

—El joven Mecker —murmuró Pons al verle.

Al detenerse el taxi, Mecker dio unos pasos para indicarle que se marchara. Luego, con el brazo levantado, reconoció a Pons que salía. Su brazo volvió a bajar.

—¡Señor Pons! —exclamó—. ¿Cómo pudo enterarse? —entonces vio a nuestra cliente—. ¿Podría ser la señorita Flora Morland?

—Podría ser —dijo nuestra cliente—. ¡Por favor! ¡Díganme qué ha ocurrido!

—El inspector Jamison ha estado buscándola, señorita Morland. Venga conmigo, por favor.

—No te preocupes, Mecker —interrumpió Pons—. Entraremos con ella.

—Muy bien, señor. Gracias, señor. —Movié la cabeza frunciendo el ceño—. Terrible asunto, señor, terrible.

Nuestra cliente se quedó quieta un momento, temblando.

—Señorita Morland, tengo miedo —dijo Pons con desacostumbrada gentileza— de que lo que temía su tío ya ha ocurrido.

Recorrimos una avenida estrechamente cercada con setos y con árboles hasta una casa de campo de estilo clásico georgiano de dos pisos y medio. La puerta delantera estaba abierta a la tibia mañana de verano; dentro, junto a ella, estaba la gorda figura del inspector Seymour Jamison, de Scotland Yard, hablando con otro policía. Al entrar nosotros se giró bruscamente frunciendo el ceño.

—El señor Solar Pons, agente privado de investigación —dijo pesadamente—. ¿Huele usted estos asuntos, Pons? —a continuación sus ojos dieron sobre nuestra cliente—. ¡Ajá! La señorita Flora Morland. Hemos estado buscándola, señorita Morland.

—¡Por favor! ¿Qué ha ocurrido? —le suplicó ella.

—¿No lo sabe?

—No.

—El coronel Morland fue hallado esta mañana asesinado en su cama —dijo Jamison fríamente—. La casa estaba cerrada con llave, no se había forzado ninguna ventana y faltaba usted. Señorita Morland, debo pedirle que entre en el estudio conmigo.

—Me gustaría mirar la habitación, Jamison —dijo Pons.

—Naturalmente. Ahora está allí el fotógrafo, pero terminará pronto. Al fondo del vestíbulo, la tercera puerta a la izquierda. Rodeando las escaleras.

Nuestra cliente miró a Pons suplicante; él sonrió tranquilizadamente. Entonces ella se volvió y se marchó sumisa con el inspector Jamison hacia el estudio, que se encontraba a la derecha.

Pons pasó junto al fotógrafo de la policía y entró en el dormitorio del fallecido coronel Morland. Ante nosotros se extendía una horrible escena. El coronel Morland, un hombre alto y de amplio pecho, yacía extendido de espaldas sobre la cama con un ondulante kris malayo clavado casi hasta su empuñadura en el corazón. Lo más espantoso de todo era que su mano derecha había sido cortada por la muñeca y reposaba donde se había caído formando un charco de sangre sobre la alfombra, junto a la cama. Gotas de sangre salpicaban la cama; de los labios del muerto había manado una espuma de sangre que coloreaba su bigote; y los ojos abiertos y llenos de espanto parecían contener todavía una expresión de absoluto horror.

La habitación era una carnicería. Quienquiera que hubiera asesinado al tío de nuestra cliente, la había destrozado en busca de algo. El arcón marino del coronel estaba abierto y su contenido desparramado por todas partes. Los cajones del escritorio, excepto el muy pequeño que había en la parte superior, habían sido abiertos y vaciados, y el contenido del alto armario ropero, incluso el de los estantes más altos, estaba amontonado junto a un cojín que estaba enfrente del mismo. La visión casi bastaba para acobardar a un hombre más fuerte que yo, y me maravillé ante la fría y penetrante soltura con que examinaba la escena.

El fotógrafo terminó y salió.

—¿Cuánto tiempo diría que hace que está muerto, Parker? —preguntó Pons.

Me acerqué cautelosamente y realicé un rápido examen.

—Al menos ocho horas —dije al poco rato—. Lo fijaría entre medianoche y las dos, antes no, y tampoco mucho después.

—Antes de que nuestra cliente abandonara la casa —murmuró Pons.

Permaneció un momento donde estaba. A continuación caminó con pies de plomo hacia la cama y miró el cuerpo del coronel Morland.

—No parece que se haya tocado el kris —dijo—, lo que indica que el asesino llevaba una segunda arma únicamente con el propósito de cortar la mano de su víctima.

—¡Un arma ritual! —exclamé—. Y se la llevó con él.

Pons sonrió ligeramente.

—Cortada de un solo golpe, muy limpiamente —observó.

Se separó de la cama y empezó a caminar con cuidado entre los objetos esparcidos sin tocar nada. Fue directamente al escritorio, cuya parte superior estaba claro que no había sido tocada, en donde se encontraban lo que supuse que era el reloj y la cartera del muerto. La cartera fue el primer objeto que llamó la atención de Pons; la tomó y examinó su contenido.

—Veintisiete libras en billetes —murmuró.

—Así que el objeto que buscaba es difícil que fuera el dinero —dijo.

Pons meneó la cabeza con impaciencia.

—No, no, Parker, el asesino buscaba la caja de taracea. La parte superior del escritorio no ha sido tocada debido a que, si hubiera estado allí, la caja habría sido descubierta inmediatamente; y los cajones superiores no han sido abiertos debido a que no son suficientemente profundos para guardar la caja.

Caminó cautelosamente hasta el lado de la cama, evitando el charco de sangre que había brotado de la muñeca limpiamente seccionada del coronel Morland.

—El asesino debe haber estado exactamente aquí —dijo, y se arrodilló para examinar atentamente la alfombra.

Las manchas de sangre le estorbaban un poco, pero por el brillo de sus ojos me di cuenta de que había visto algo importante, por invisible que fuera para mí, por lo que profirió un pequeño sonido de satisfacción mientras recogía algo de la alfombra, un poco más atrás del borde de la gran cama, y lo colocaba en dos de los pequeños sobres que siempre llevaba consigo.

Al acabar de levantarse de su posición, el inspector Jamison entró en la habitación con una notoria sensación de confianza.

—Asqueroso trabajo éste, Pons —dijo casi con alegría—. Sentiré saber que he enviado a la señorita Morland al Yard para que la interroguen.

—Claro —dijo Pons—. ¡Qué prisa tan admirable e inútilmente precipitada! ¿Tiene razones para pensar que está implicada?

—Querido amigo —dijo Jamison con aire protector—. Piense. Todas las puertas y ventanas de esta casa estaban cerradas. Sólo cuatro personas tenían llaves: el coronel Morland, cuya llave está en su llavero; su criado, que fue su ayudante en Malaca y que descubrió el cuerpo; el ama de llaves y la señorita Morland. Todas sus llaves están en su posesión. No se ha forzado nada. La señorita Morland me ha dicho el señor Harris tiene que heredar el sesenta por ciento de una fortuna considerable, incluso después de pagar los derechos reales.

—¿No le parece significativo que una noche tan cálida esta casa estuviera tan cerrada? —preguntó Pons.

—No me engañará con eso, Pons —replicó Jamison, sonriendo—. Sabemos todo lo que se refiere a la caja de taracea. Morland temía por su vida.

—¿Sugiere usted entonces que la señorita Morland se deslizó en la habitación, apuñaló a su tío, le cortó la mano derecha, revolvió la habitación hasta encontrar la caja y luego fue hasta el número 7B para solicitar mis servicios?

—Es difícil. No tiene la suficiente fortaleza para haberle clavado ese kris con tanta fuerza.

—Es difícil —asintió secamente Pons.

—Pero no hay nada que le impidiera haber contratado un cómplice.

—¿Y qué motivo podría tal vez haber tenido para cortar la mano de su tío? —

insistió Pons.

—¿Qué mejor sistema podría inventarse para confundir la investigación de un crimen tan horripilante?

—¿Y le parece a usted la señorita Morland, después de la conversación con ella, la clase de joven que podría prestarse a un crimen de esta clase?

—Venga, Pons, venga. Usted tiene una debilidad por una cara bonita —dijo Jamison.

—Me permito decir que esto habría sido llevar a cabo un fantástico galimatías simplemente para heredar las riquezas de un hombre que, por todo lo que sabemos, le concedía todos sus caprichos. No, Jamison, es inaceptable.

—La caja de taracea; me dijo que la tiene usted. Tendrá que dármela.

—Envíe a alguien a buscarla al 7B. Pero déjeme al menos un día con ella, ¿lo hará?

—Enviaré a alguien mañana.

—Dígame, ¿supongo que habrá interrogado a los criados? ¿Oyó algo alguno de ellos por la noche?

—Nada en absoluto. Y puedo decir que no se oyó ladrar ni una sola vez al perro, que generalmente duerme junto a la puerta delantera de la casa, fuera. No es preciso que le diga lo que eso significa.

—Esto indica que el asesino entró...

—O que le dejaron entrar.

—Por la puerta trasera.

El rostro de Jamison enrojeció. Alzó la voz.

—Esto quiere decir que, puesto que el perro no hizo nada por la noche, conocía al asesino.

Pons cloqueó benévolamente.

—Debería olvidarse de las historias de Sir Arthur, mi querido amigo. Tiene una tendencia a viciar su estilo.

—Supongo que nos dirá que busquemos a un gigante que puede encantar a los perros —dijo Jamison con gran sarcasmo.

—Todo lo contrario. Busque a un hombre bajo y ágil que, al menos en este caso, iba probablemente descalzo —se giró y señaló el casi invisible cojín—. Sólo un hombre más bajo que la media habría tenido que utilizar ese cojín para mirar las estanterías más altas del armario. Las señales que hay en la alfombra indican que la posición usual del cojín es al lado del armario y contra la pared.

La vista de Jamison se dirigió rápidamente al cojín y regresó, frunciendo el ceño, hasta Pons.

—Si no le importa, Jamison, me gustaría dar un vistazo a la parte trasera. Después quizá pueda llevarnos a Watford Junction en uno de los coches de la policía.

—Claro, Pons. Venga.

Jamison mostró el camino, rodeando las escaleras, hasta un pequeño espacio en el

que se abrían puertas que iban a la cocina, a la derecha, a una pequeña despensa, a la izquierda, y al patio trasero. Una doncella y una mujer mayor, evidentemente el ama de llaves, estaban sentadas junto a una mesa de la cocina con los ojos inyectados en sangre. Jamison dudó, pensando obviamente que Pons deseaba hablar con ellas, pero el interés de éste estaba en la puerta trasera, junto a la que se agachó para mirar el cerrojo. En realidad lo examinó.

—Ya hemos inspeccionado eso, Pons —dijo Jamison con un punto de impaciencia en su voz.

Pons le ignoró. Abrió la puerta, se agachó para examinar el umbral, después se arrodilló y, a cuatro patas, se arrastró hacia el camino de losas recientemente arreglado que se extendía más allá. De un lugar tomó un pellizco de tierra y lo echó en uno de sus sobres. En otro señaló sin decir una palabra, llamando al inspector Jamison, que fue y vio las inconfundibles huellas de pies humanos.

A continuación Pons se incorporó y regresó a la casa, y Jamison y yo le seguimos pisándole los talones. Encontró una guía telefónica, la consultó brevemente y anunció que estaba listo para partir si Jamison tenía la suficiente amabilidad de dejarnos un coche de la policía con su conductor.

De nuevo en el metro, pregunté a Pons.

—¿No regresamos al 7B?

—No, Parker. Me satisface observar lo bien que puedes leer en mí. Me atrevería a decir que no deberíamos perder tiempo en descubrir el secreto de la caja de taracea. Puesto que el coronel Morland está muerto, tendremos que preguntarle a Nicholas Morland si puede explicárnoslo. Recordará que pasó los cinco últimos años de residencia de su tío con él. Tiene un despacho en el Temple. Me molesté en averiguarlo en la guía antes de abandonar Morland Park.

—Comprendí bastante rápidamente la cuestión de la altura del asesino, pero ¿cómo llegó a saber que iba descalzo?

—En la alfombra, al lado de la cama, exactamente en donde debería haber estado un hombre para dar el golpe mortal, había tres diminutas hileras de partículas de tierra situadas de tal manera que sugerían la huella de unos pies. La tierra fue recogida probablemente entre las losas.

—Pero, ya sabe, Pons... Jamison tiene el argumento del perro.

Pons sonrió enigmáticamente.

—El perro no hizo nada. Muy bien. O bien conocía al asesino... o no le oyó, que es casi igual de probable. Un hombre descalzo puede desplazarse muy silenciosamente. ¡Y Morland Park es un paraíso para los ladrones! —me miró con ojos que le bailaban—. Considere la mano seccionada. Puesto que ha estado tan ocupado haciendo deducciones, quizá ya sepa la explicación.

—Ahora que insiste —admití—, me parece el detalle más elemental de todos. Creo que al fallecido coronel Morland le han devuelto un ultraje que cometiera en el pasado.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —exclamó Pons—. Sólo tiene que mantener este nivel y puedo empezar a pensar en retirarme.

—¡Se está burlando de mí! —protesté.

—Al contrario. No podría estar más de acuerdo con usted. Hay una o dos cuestiones del asunto que me preocupan, pero no tengo duda alguna de que se resolverán a su debido tiempo.

Durante el resto del trayecto, Pons permaneció en silenciosa contemplación, con los ojos cerrados y acariciándose sin cesar el lóbulo de la oreja derecha con los dedos pulgar e índice. No volvió a abrir los ojos hasta que llegamos a la estación de Temple.

Nicholas Morland demostró ser un hombre bastante glacial en sus primeros cuarenta. Iba vestido de modo conservador, pero con ropas ajustadas a su posición social. A no ser por la diferencia en años, su apariencia no era muy distinta de la de su tío muerto, con el mismo tipo de bigote, los mismos labios hacia fuera, las mismas cejas pobladas. Su porte glacial era superficial, pues al oír el conciso resumen de los hechos que le hizo Pons se derrumbó, y en sus sienes aparecieron pequeñas gotas de sudor.

—Tenemos que confiar en usted, señor Morland —concluyó Pons—, para que nos explique el significado de la caja de taracea y de su contenido.

Morland se levantó temblando y se puso a caminar arriba y abajo por su despacho, mordiéndose el labio.

—Es algo que tenía la esperanza de no tener que contar nunca a nadie —dijo al fin—. ¿Es realmente necesario, señor Pons?

—Le aseguro que sí lo es. Scotland Yard espera saber algo antes de que termine el día. Me he adelantado porque estoy actuando en favor de su prima.

—Naturalmente. Lo comprendo perfectamente.

Dio una o dos vueltas más alrededor de su oficina y luego se sentó de nuevo, llevándose repetidas veces un pañuelo a su frente.

—Bueno, señor Pons, es un asunto que no prestigia demasiado a mí tío muerto —empezó—. Como quizá pueda haberle dicho Flora, tío Burton se casó con una mujer euroasiática, una mujer muy hermosa y elegante unos diez años más joven que él, quizá quince como mucho, no estoy seguro, aunque supongo que mi mujer debe saberlo. Estoy seguro que usted sabe que las normas inglesas consideran que las cuestiones de conducta moral entre las gentes étnicamente mezcladas de los Estados Federados de Malaya son laxas, y quizá fue cierto que mi tía se portó incorrectamente con Bendarloh Ali, un tío de mi esposa, que pertenecía a una de las mejores familias nativas de Malaca. Mi tío pensó que perdería prestigio y se propuso impedirlo. Mi tía murió; hay alguna razón para creer que fue envenenada a manos de mí tío. Fue detenido su amante. En su casa se encontraron algunos objetos valiosos pertenecientes a mi tío. Fue acusado de haberlos robado, sin evidencia mayor que la de su presencia en su casa, y sufrió la indignidad de que le cortaran la mano derecha por la muñeca. Éste es el resumen del asunto, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió esto, señor Morland?

—Sólo un mes o dos antes de que regresara. El sultán de Malaca fue ultrajado — aunque había aprobado el castigo, más tarde llegó a repudiarlo— y solicitó la destitución del ministro residente. En realidad, el gobernador no tuvo otra alternativa que relevar a mi tío de su destino.

—Entonces hace unos quince años. ¿Le parece lógico que esperara tanto tiempo para vengarse?

—No él, señor Pons. La víctima de mi tío murió hace tres meses. No creo que sea inconsecuente del carácter malayo que su hijo creyera que le incumbía vengar el honor de su casa y la indignidad cometida a su padre.

—Me permito decir que sería propio de un hijo muy antinatural el separar la mano de su padre de sus restos —dijo Pons.

Morland movió la cabeza pensativamente.

—Señor Pons, me inclinaría a pensar como usted. Hay que considerar este punto. La mano enviada a mi tío puede no ser la de Bendarloh Ali. Pero aunque lo fuera, supongo que la familia representa aquella mezcla étnica tan común en Malaca a la que no puede atribuirse ninguna norma de conducta consecuente con las antiguas costumbres malayas.

Pons permaneció sentado algunos momentos en contemplativo silencio y luego dijo:

—Muy probablemente debe saber que usted y su prima compartirán la fortuna de su tío.

—Oh, sí. No hay nadie más. Somos una familia pequeña, y a menos que Flora se case, es muy probable que se extinga por completo. Bueno, hay primos lejanos, pero hace muchos años que no estamos en contacto —se encogió de hombros—. Pero es una cuestión que me deja indiferente.

El ejercicio de mi profesión es completamente suficiente para nuestras necesidades, aunque supongo que mi esposa puede encontrar una manera de utilizar lo que tío Burton pueda dejarnos, entre las constantes innovaciones de su tienda.

Súbitamente sonó el teléfono junto al hombro de Morland. Se lo llevó a su oreja y dijo:

—Aquí Morland —y escuchó.

Al colgarlo después de un breve período, dijo:

—Caballeros, la policía está en camino.

Pons se levantó con presteza.

—Una pregunta más, señor Morland. Sus relaciones con su tío, ¿eran amistosas, tolerantes, distantes?

—Nosotros tres cenábamos en Morland Park una vez al mes, señor Pons —dijo Morland algo rígidamente.

—¿Tres?

—El primo de mi mujer vive con nosotros. Naturalmente, tío Burton no iba a

excluirle.

—Gracias, señor.

Y partimos.

Fuera, Pons avanzó a grandes zancadas con resolución, con algún destino en mente y con los ojos fijos en un paisaje interior. Al cabo de pocos minutos estábamos una vez más en el metro y rodamos en silencio no interrumpido por ninguna palabra de Pons hasta que alcanzamos la estación de Trafalgar y salimos a caminar al Strand.

—Pons —exclamé finalmente, exasperado ante su silencio—. Es mediodía. ¿Qué hacemos aquí?

—Ah, paciencia. Parker, paciencia. El Strand es una de las zonas más fascinantes del mundo.

Tengo la intención de haraganear un poco y hacer algunas compras.

Al cabo de media hora, Pons había cambiado su gorro de cazador por un conservador sombrero de verano, haciendo que mandaran su gorro por correo a nuestro domicilio; se había comprado un abrigo ligero de verano, que llevaba suelto sobre su brazo; y había añadido a su conjunto un bastón, todo ante mi boquiabierto asombro. Tenía un aspecto muy diferente de aquel al que me había acostumbrado durante los años en que había compartido su alojamiento, y no dio explicación alguna de sus compras.

Continuamos en el Strand hasta que llegamos a una pequeña tienda que anunciaba modestamente que tenían antigüedades y objetos de importación.

—Ah, ya hemos llegado —dijo Pons—. Parker, le ruego que mantenga su rostro congelado. Usted tiene una desgraciada tendencia a mostrar en él sus sentimientos.

Tras decir esto, entró en la tienda.

Una campana que sonó en una habitación trasera hizo venir a un hombre pulcro y de piel morena, de edad indeterminada. Parecía poco mayor que un muchacho, pero no era un muchacho. Sonrió, mostrando sus blancos dientes, y dijo:

—Con su permiso, caballeros, estoy aquí para servirles.

—¿Es usted el propietario? —preguntó bruscamente Pons.

—No, señor. Yo soy Ahmad. Trabajo para la señora Morland.

—Estoy buscando una caja de taracea —dijo Pons.

—Ah. ¿De algún tamaño especial?

—Oh, así... y así —dijo Pons, haciendo una descripción del tamaño de la caja de taracea que la señorita Morland había traído a nuestra casa.

—Exactamente así. Un momento, por favor.

Desapareció en la habitación trasera, pero salió a los pocos momentos con una caja de taracea que ofreció a Pons.

—Siglo diecisiete italiana, señor. Genuina. Creo que es la caja que busca.

—Es realmente un trabajo exquisito —dijo Pons—. Pero, no, no es exactamente lo que deseo. El tamaño es correcto. Pero me gustaría algo con adornos orientales.

—Señor, no hay cajas antiguas de taracea de construcción oriental —dijo Ahmad

—. Lo siento.

—No estoy buscando una antigüedad —dijo Pons—. Naturalmente, sé que antes del siglo dieciocho no se hacían en Oriente cajas de taracea.

La agradable cara de Ahmad se iluminó.

—Ah, en este caso, señor, es posible que tenga algo para usted.

Desapareció una vez más en las habitaciones de la parte trasera de la tienda.

Cuando salió esta vez, llevaba otra caja de taracea. Se la dio a Pons con sonrisa triunfante y luego retrocedió para esperar el veredicto de Pons.

Pons le dio la vuelta y la examinó críticamente. La abrió, la olió, la acarició con sus dedos y sonrió.

—¡Excelente! —exclamó—. Esta irá perfectamente. ¿Cuál es su precio?

—Diez libras, señor.

Pons pagó sin dudar.

—Le ruego que me la envuelva con cuidado. No me gustaría que este grabado tan bellamente trabajado se dañara, y ni siquiera que sufriera un rasguño.

Ahmad miró con agradecimiento.

—Señor, ¿le gusta la taracea?

—Joven. Conozco un poco de estas cosas —dijo Pons casi pontificando—. Este es uno de los trabajos más hermosos de esta clase que he visto.

Ahmad se apartó de Pons inclinándose y con el rostro reluciente. Se retiró una vez más a la habitación posterior, de la que poco después llegó el crujido de papel. En poco menos de cinco minutos, Ahmad reapareció y colocó la caja de taracea cuidadosamente envuelta en manos de Pons. Todavía rebosaba agradecimiento. Además, tenía el aire de estar ardiendo de ganas de decir algo, ya que sólo el decoro le impedía hablar.

Pons salió pausadamente de la tienda y se alejó calle abajo. Pero, una vez fuera de la vista de la tienda, avanzó con presteza para detener un taxi y darle al conductor nuestra dirección de Praed Street.

—¿No tuvo la impresión de que Ahmad deseaba decirnos algo? —pregunté cuando ya estábamos en camino.

—Ah, nos lo dijo todo —dijo Pons, con los ojos chispeantes de buen humor—. Ahmad es un artista de la taracea. Confío en que observó las costosas antigüedades que se ofrecen en la tienda de la señora Morland.

—Naturalmente.

—¿No le sugirió nada?

—Que su negocio es próspero, como nos dijo la señorita Morland —alargué la mano y di un golpecito en el paquete que sostenía Pons—. ¿No le pareció a usted que esta caja se asemeja mucho a la de la señorita Morland?

Pons sonrió.

—Una vez que está fabricada la primera caja, ya está hecho el modelo. El resto es comparativamente fácil. Probablemente son idénticas, no sólo entre sí, sino con una

veintena o más.

De regreso en nuestro domicilio, Pons desenvolvió cuidadosamente la caja de taracea que había comprado y la colocó al lado de la de nuestra cliente. Excepto por el hecho de que entre ellas había alguna diferencia en su edad, eran virtualmente idénticas. Pons examinó las cajas con singular atención al detalle, encontrando hasta la más pequeña variación entre ellas.

—¿Son idénticas o no? —pregunté finalmente.

—No exactamente. La caja que nos trajo la señorita Morland tiene al menos setenta y cinco años, quizá cien. Está hecha con la misma hermosa madera de kamuning con la que los malayos adornan las empuñaduras de sus armas. Confío en que observara que el mango del kris que mató al coronel Morland era de la misma madera. Ha sido pulida muchas veces y encerada; en realidad la madera tiene algún desgaste visible. La otra es una copia de una caja como ésta, realizada por un artista hábil. Supongo que hay una demanda de objetos de esta clase y no tengo la menor duda de que deben encontrarse en todas las tiendas que tengan en venta piezas importadas de Oriente. Las cajas chinas de esta clase son más frecuentemente de metal o de cerámica; la madera se utiliza más generalmente desde el Japón costa abajo a través de Polinesia y Melanesia, al sur del Pacífico —apartó con un gesto las cajas de taracea—. Pero ahora veamos lo que tenemos del dormitorio del fallecido coronel Morland.

Fue hasta la esquina en donde guardaba sus aparatos químicos y se puso a examinar el contenido de los sobres que había utilizado en Morland Park. No había más que tres de ellos y no era probable que le ocuparan mucho rato. Como tenía que efectuar una llamada profesional a las dos, me disculpé.

Cuando al cabo de una hora regresé, encontré a Pons esperando con impaciencia.

—Ah, Parker —exclamó—. Confío en que esté libre el resto de la tarde. Estoy esperando a Jamison y juntos podemos ser capaces de poner fin al acoso de nuestra cliente por parte de Scotland Yard.

—¿Descubrió algo con el microscopio? —pregunté.

—Sólo la confirmación de lo que suponía. Las partículas de tierra que encontré en la alfombra junto a la cama eran idénticas a la tierra que hay alrededor de las losas, incluso con granos de caliza, de la que están hechas las losas. No parece haber ninguna duda de que la tierra fue introducida en la casa por los pies desnudos del asesino. Además, justo bajo el borde de la cama había también unas pequeñísimas virutas de madera de alcanfor, que también es utilizada comúnmente por los malayos que trabajan los productos de la selva de aquel país.

—Todavía estamos unidos al pasado del coronel Morland —dije.

—Nunca hemos salido de él —dijo secamente Pons—. Pero hasta ahora en el curso de la investigación sólo poseemos evidencias presuntas, no condenatorias, a no ser que Scotland Yard haya encontrado huellas en el mango del kris. Está muy bien conocer la identidad del asesino; la habilidad está en condenarle. Ah, oigo un motor

que se detiene. Debe tratarse de Jamison.

Al cabo de un momento, abajo se cerró una puerta de automóvil y oímos los pesados pasos de Jamison en la escalera.

El inspector entró en nuestra casa llevando con cautela un pequeño paquete, que entregó a Pons con cierto alivio.

—Aquí está, Pons —dijo—. Tuve algunos problemas para que me lo prestaran.

—¡Magnífico! —exclamó Pons. Tomó el paquete y lo llevó a la caja de taracea que había comprado en la tienda del Strand—. ¿No llevará arma, Jamison?

—La tradición del Yard —empezó Jamison lentamente y con énfasis.

—Sí, sí, lo sé —dijo Pons—. Parker, deme mi revólver.

Fui al dormitorio y encontré el arma de Pons en donde la había dejado cuidadosamente la última vez sobre el despacho.

—Désela a Jamison, ¿querrá?

—No sé qué está tramando, Pons —dijo Jamison con cierto recelo en su rojizo rostro—. Acaso aquella joven le hizo perder la cabeza.

El contenido del paquete del inspector había desaparecido dentro de la caja de taracea, que ahora Pons, recobrando la apariencia que había adquirido en las tiendas del Strand, tomó.

—Salgamos. Quiero hacer un experimento, Jamison. Francamente, no se trata más que de eso.

Puede que tenga éxito, puede que no. Ya veremos.

Nuestro destino fue la tienda de antigüedades y objetos de importación del Strand, y durante todo el trayecto Pons no dijo nada, sólo escuchaba con una irónica sonrisa en sus facciones como de halcón el pesado discurso de Jamison sobre las irrecusables circunstancias que hacían que nuestra cliente pareciera culpable de haber preparado la muerte de su tío.

Cuando el coche de la policía se acercó a la tienda, Pons habló por primera vez al policía Mecker, que estaba al volante.

—Párese antes de la tienda o pase de largo, Mecker.

Mecker se detuvo obedientemente más allá de la tienda.

—Ahora, Jamison —dijo bruscamente Pons cuando salimos del coche—, la mano en el arma y le ruego que esté preparado. Intente parecer menos un policía, ése es un buen tipo.

Pons entró el primero en la tienda, llevando la caja de taracea cuidadosamente envuelta que había comprado hacía sólo pocas horas. Una mujer euroasiática extraordinariamente hermosa se adelantó a servirles. Tenía una edad indeterminada. Podía haber tenido entre veinte y cuarenta años, pero en realidad no parecía pasar de los treinta.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—¿Está aquí el joven que me sirvió este mediodía? —dijo Pons, desenvolviendo la caja de taracea mientras hablaba.

Ella asintió y elevó la voz para llamarle.

—¡Ahmad! —y retrocedió.

Ahmad salió con una educada mirada interrogativa.

Reconoció a Pons como su cliente del mediodía. Sus ojos se dirigieron a la caja.

—¡Señor! ¿Está usted decepcionado?

—Por la belleza de la caja, no —dijo Pons—. ¡Pero el interior...!

Ahmad se adelantó ligeramente y tomó la caja, rechazando la envoltura.

—Veremos —dijo, inclinándose casi servilmente.

A continuación abrió la caja de taracea.

Instantáneamente ocurrió una metamorfosis dramática y aterradora. La sonriente cara de Ahmad se alteró grotescamente. Desapareció su máscara de educación para dar paso a unas facciones asesinas inundadas de rabia y temor repentinos. Echó al suelo la caja de taracea... ¡y de ella salió rodando la mano cortada del coronel Burton Morland! Simultáneamente, saltó hacia atrás con un movimiento felino, arrancó de la pared que tenía detrás una *chenangka* parecida a una cimitarra y se giró amenazadoramente hacia Pons.

La escena duró apenas un momento. Luego la señora Morland empezó a tambalearse y corrió a agarrarla cuando se desmayaba. En el mismo momento, el inspector Jamison apuntó su revólver hacia Ahmad.

—Felicidades, inspector —dijo Pons—. Acaba de detener al asesino del coronel Morland. Creo —añadió—, que, si yo fuera usted, me llevaría a la señora Morgan y la interrogaría acerca de los beneficios que le reportará la muerte del tío de su marido. Creo que es casi seguro que ella fue el cerebro en el que fue concebido este diabólico crimen. ¿Vuelve en sí la señora, Parker?

—Dentro de unos momentos —dije.

—Llame a Mecker —dijo Jamison, recuperando el habla.

Pons salió a la calle y llamó al policía.

—No fue sólo el hecho de que no había fondeado recientemente ningún buque procedente de Malaya lo que hacía improbable un vengador de Oriente —dijo Pons cuando regresábamos a Praed Street en el metro—, sino el mismo aspecto del asunto que tanto impresionó a Jamison. Estaba claro que el asesino tenía un conocimiento previo de Morland Park, algo que no podía haber tenido ningún recién llegado, y debía haber sido alguien que tuviera grandes oportunidades de hacer una copia de la llave de la puerta trasera, puesto que preferiría entrar por esa puerta que el perro no vigila. En la casa no se tocó nada excepto la habitación del coronel Morland. Ni un sonido despertó a nadie durante la entrada en la casa y la comisión del crimen.

»También era evidente que el asesino tenía un conocimiento previo de la indignidad causada a Bendarloh Ali. La señorita Morland no lo tenía. Su primo Nicholas sí. Presumiblemente, puesto que su esposa era de la familia de Bendarloh Ali, y había estado en Malaca cuando Ali fue castigado de manera tan brutal, ella sabía tanto como su marido. No es demasiado difícil sacar la conclusión de que su

primo, que por consiguiente también era de la familia de Bendarloh Ali, también conocía las circunstancias. Ahmad había sido un visitante tan frecuente de Morland Park como su patrona. Conocía el jardín y la casa. Las virutas de madera de alcanfor, un producto de Malaya al igual que la de kamuningh, sitúa sin discusión a Ahmad en el dormitorio del fallecido coronel Morland.

»Evidentemente, los preparativos se hicieron con gran cuidado. La señora Morland ordenó a sus parientes que mandaran la mano de Bendarloh Ali al coronel Morland dentro de la caja de taracea que ella les envió a Malaya para este fin. Que la caja haya servido como modelo para las perfectamente trabajadas imitaciones de Ahmad no le pareció importante a ella, puesto que Ahmad tenía instrucciones de llevarse de nuevo la caja de Morland Park. Es indudable que Ahmad asesinó al coronel Morland para vengar el honor de la familia después de la muerte de Bendarloh Ali, pero creo que es ineludible que su deseo de venganza fue inculcado y alimentado cuidadosamente por la señora de Nicholas Morland, cuyo motivo real no fue la venganza, sino el control de los ilimitados fondos que estarían a su disposición cuando su marido tomara posesión de su parte de la fortuna de su tío.

»Uno de nuestros casos más sanguinarios, Parker. Y aunque hemos detenido al asesino, sospecho que el verdadero criminal quedará en libertad para disfrutar de la expansión de su tienda de acuerdo con su plan. Es una de las pequeñas ironías de la vida.





Notas

[1] «Leach *el Rojo*» y «Sanguijuela roja» tienen, en inglés, una grafía y una pronunciación muy similares: «‘Red’ Leach» y «Red Leech», respectivamente. (N. del T.) <<

[2] La confusión de la hermana radica en la similitud tanto entre «Scott» y «*Scottie*», como entre «kennel» (en inglés, «perrera») y *Kenilworth*, título de una novela histórica de Walter Scott. (N. del T.) <<